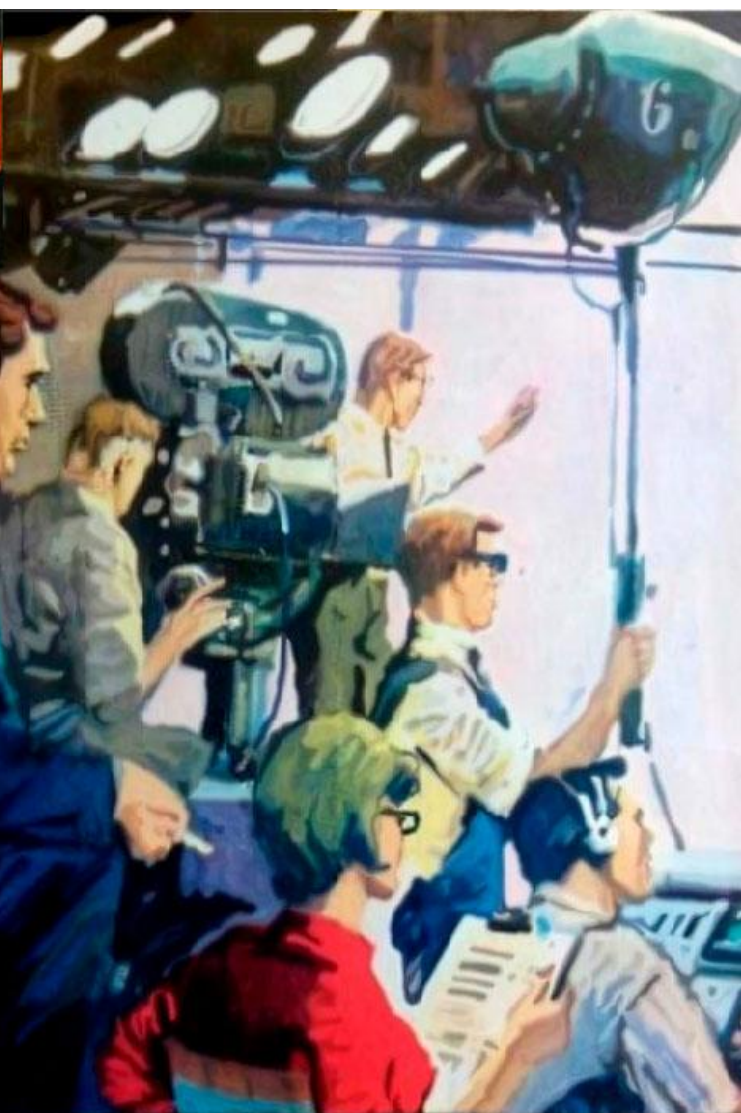


PUNTO

ROJO



CUANDO ACECHA EVA

mikky roberts

BB

CUANDO ACECHA EVA

MIKKY ROBERTS

CUANDO ACECHA EVA

Colección PUNTO ROJO n.º 79

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19.157 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN OCTUBRE - 1963

© MIKKY ROBERTS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4438/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

711. — Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

687. — Puños de granito.

En Colección BÚFALO:

395. — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

300. — Falso rural.

En Colección TEXAS:

368. — Juego duro.

En Colección COLORADO:

275. — La calavera de plata.

En Colección KANSAS:

174. — Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

212. — Herencia fúnebre.

En Colección BRAVO OESTE:

100. — Sin piedad,

En Colección PUNTO ROJO:

75. — Vampyr.

Cuando acecha EVA

***por
MIKKY ROBERTS***



CAPÍTULO PRIMERO

El guarda armado que vigilaba la puerta del Estudio número cinco sacudió la cabeza.

—Lo siento, amigo, no se permite el acceso.

Bruce Davidson sacó del bolsillo un sobre y de él una tarjeta sellada.

—¿Vale este permiso?

El guarda miró la cartulina y luego el rostro del joven.

—Hacía meses que no veía uno así: debe tratarse de algo muy importante. Desde luego, puede pasar.

El mismo le franqueó la entrada y Bruce, antes de atravesar el umbral, oyó todavía:

—No haga ruido y camine por las señales luminosas.

Bruce asintió mudamente y se encontró en una especie de enorme nave dividida por múltiples decorados y abarrotada de una gran cantidad de utensilios, *atrezzo* y material diverso. Unas flechas luminosas indicaban la dirección que debía seguir.

Obedeció puntualmente aquella muda indicación y, conforme fue penetrando en las sombrías profundidades del Estudio número cinco, llegaba con más claridad hasta él la ruidosa actividad del equipo técnico y artístico que estaba rodando unas escenas.

Tuvo que saltar por encima de unos cables de conducción eléctrica y sortear informes aparatos que en la penumbra eran inidentificables.

—¡Eh, usted! ¿A dónde va? —le gritó una voz—. ¿Cree que esto es un parque público?

Se volvió. Un tipo en mangas de camisa, cráneo rapado y gigantescas gafas de montura negra corría hacia él, agitando frenéticamente los brazos.

Bruce volvió a exhibir la tarjeta y el tipo aquel quedó confuso.

—¿No se había acordado prohibir la entrada a los curiosos? — Gruñó—. Esto es algo muy extraño.

—Le aseguro que no he falsificado el permiso —arguyó Bruce.

El otro le devolvió el salvoconducto y resopló:

—Está bien; pero no moleste. Si quiere presenciar el rodaje de la última escena de hoy, vaya a aquel extremo y quédese parado. Pero no avance ni un paso o entrará en campo.

Bruce Davidson volvió a admitir las irritadas explicaciones de aquel individuo y llegó al punto indicado, del que no pasó.

Una cosa era cierta, al menos. Desde allí se contemplaba el set maravillosamente, y lo que había en el set merecía la pena de ser mirado.

Se trataba de una piscina y en ella un grupo de náyades evolucionaban a los acordes de una música brillante y juguetona. Las bañistas habrían hecho palidecer de envidia a cualquier sirena de las que Ulises encontró en su periplo mediterráneo. Eran, sencillamente, perfectas. Parecían haber sido troqueladas por la misma máquina: se las adivinaba altas, esbeltas, de miembros largos y firmes, jóvenes cuerpos en suma; de gráciles movimientos que los minúsculos *dos piezas* hacían aún más seductores...

Bruce cerró los ojos por un instante. Aquella escena formaría parte de lo que en lenguaje cinematográfico se llamaba «superproducción»: color, lujo y mujeres tan hermosas como no se podían encontrar.

La música cesó. Los focos de más potencia se apagaron. Alguien gritó:

—¡Corten! ¡Muy bien! ¡Ésta es definitiva!

Y una nube de operarios salieron de la oscuridad adyacente como una bandada de monos furiosos dispuestos a destrozarse el armonioso decorado. En unos segundos apenas quedaba algo más que el agua de la piscina. El resto del decorado, los muebles metálicos situados en los alrededores de la piscina, los veladores con servicios de bar, todo en fin, desapareció en las profundidades del Estudio. Una tras otra, las bañistas emergieron del agua, chorreando sus esbeltos cuerpos y parloteando entre sí. Una doncella, provista de una gran salida de baño, aguardaba en el mismo borde de la piscina a una morena de enormes proporciones

que Bruce identificó como la sensacional Maty Emerson. Las demás se desparramaron por el set sin que nadie pareciera esperarlas, dado que sólo eran comparsas. Bruce todavía miraba a Maty, impresionado a pesar suyo de verla tan próxima, cuando oyó a su lado:

—Suponía que eras un hombre equilibrado.

Se volvió, sobresaltado, para encontrarse con la expresión burlona de Stella Wingate, cubierto el dorado cuerpo por gotitas de agua y todavía agitado el busto por la fatiga del esfuerzo físico.

—Oh, eres tú, Stella.

—Claro. Te pedí que vinieras. ¿Ya habías olvidado el motivo de tu estancia aquí?

Maty había desaparecido de su vista, por lo que ya no podía distraerse más. Por otra parte, Stella había cambiado mucho en aquellos dos años. Había mejorado infinito. O quizá es que nunca la vio con un *dos piezas* y tan mojada que semejaba una aparición. De cualquier forma había en Stella una carga eléctrica de un millón de voltios.

—Realmente, siempre fuiste muy frío, Bruce.

Se acercó a él y balanceó las caderas. No cabía duda de que Stella sería muy pronto una gran estrella. Había hecho bien en abandonarle para buscar su oportunidad en Hollywood.

Bruce retrocedió un paso y dejó así una ancha franja de tierra de nadie entre ambos.

—Acabarás resfriándote si no te cubres pronto —dijo, parpadeando.

Las luces habían disminuido de intensidad, y Stella le cogió del brazo.

—Tienes razón. Acompáñame.

Entraron en un camerino desmontable, tan reducido como una cabina telefónica. Cabían, sin embargo, muchas cosas allí, incluso un breve biombo tras el que Stella se situó para vestirse.

—¿No he prosperado mucho, verdad, Bruce?

Se frotaba con una toalla la dorada piel sin qué el biombo cumpliera por completo su cometido.

—Ahora pienso que quizá acertaste al elegir Hollywood para sustituirme. Tienes una gran carrera ante ti. A mi lado sólo hubieras podido disponer de un sueldo.

—No hace mucho te nombraron teniente, ¿verdad? —preguntó Stella abandonando la toalla para recoger sus prendas amontonadas sobre el borde del biombo.

—Pero los sueldos de la policía no son muy altos. ¿Algún problema, Stella?

Ella se apoyó en la frágil barrera que los separaba y al hacerlo se situó al alcance de Bruce.

—Siempre fuiste bueno.

—Por favor, Stella.

Los brazos femeninos le rodearon el cuello y los rojos labios aplastaron los del severo teniente Davidson.

Volvía a ser como en los viejos tiempos. Mejor quizá. Bruce cerró los ojos y se abandonó por un instante a la embriaguez de aquella caricia que despertaba dormidos ecos en su corazón.

—Soy egoísta, querido.

Terminó de vestirse deslizándose dentro de un suéter que era como una segunda piel.

Había una atmósfera sofocante dentro del reducidísimo camerino. Era demasiado viva la presencia femenina para que un hombre no la notara.

—Egoísta y ambiciosa, Bruce. Por eso te abandoné. Tú querías casarte pero yo elegí el camino del cine. Quiero triunfar y deseo tener la seguridad económica que nunca conocí. Sé que te hice sufrir mucho, pero no creas que yo padecí menos... Porque te quería, Bruce —se había sentado en la única silla, frente al espejo, dando la espalda al teniente—. Ahora ya no me importa decírtelo porque soy fuerte y he elegido firmemente mi camino: seré estrella, lo seré, Bruce.

—Y yo te aplaudiré —apoyó ambas manos en los redondos y mórbidos hombros femeninos, y a través de la frágil veladura del suéter notó el calor de la piel que él tan bien conocía—. ¿Qué te ocurre?

—¿No estás resentido?

Se apartó él cuanto le fue posible.

—Aquello es un capítulo acabado, ¿no?

A través del espejo ella le envolvió en una cálida mirada.

—Eres tan maravilloso que no me costaría nada amarte de nuevo si nuestros caminos no se separasen —se cubrió los ojos con

las manos y continuó en voz muy baja—: Dime que soy materialista. ¡Dímelo, Bruce!

—No te tortures. ¿Qué te ocurre?

—Necesito tu ayuda.

—¿La mía o la del teniente Davidson?

—Cuando tengo alguna dificultad siempre me acuerdo de Bruce: fuiste lo único bueno que conocí y... lo sigues siendo. Tanto, que soy capaz de pedirte que le soluciones un problema a un amigo.

La mirada del teniente debió ser expresiva por cuanto Stella se apresuró a añadir:

—No emitas veredicto antes de conocer el asunto, Bruce. No es nada de lo que imaginas. No tengo ningún *flirt*, ni ningún «protector»... en el sentido que se da habitualmente a esa palabra. Se trata de Syl Lennart.

Syl Lennart, el marido de Bárbara Lennart: una mujer con varios millones en su cuenta bancaria y múltiples negocios en Hollywood, incluido aquel Estudio núm. 5.

—Adelante, Stella.

—Por favor —le cogió las manos—. No me mires así: me da la impresión de ser un delincuente cazado por ti. ¿No me crees?

Era sencilla, aniñada y estaba asustada en aquel momento. Bruce recordó sus años de adolescencia, cuando se conocieron y se amaron apasionada y románticamente.

—Quiero seguir teniendo fe. ¿Qué le ocurre a Syl?

—Antes de nada te explicaré mi interés por él. Es, como sabes, el director de producción de la compañía que preside su mujer. Le conocí hace unos meses, cuando conseguí un puesto en su oficina. Por alguna razón nos compenetramos y fui una secretaria a plena satisfacción suya. Yo me esforcé en trabajar bien para ganarme su agradecimiento y poder pedirle una oportunidad. Se lo dije al fin y accedió. Éste es mi segundo papel... y dentro de unas semanas se iniciará el rodaje de una película en la que me dará una buena oportunidad. ¿Te das cuenta lo que eso significa? Lo más tarde de aquí a un año puedo haber llegado a la cumbre. Ésa es la razón de que Syl Lennart me preocupe y de que esté dispuesta a ponerlo todo de mí parte, a fin de que no le ocurra nada.

—¿Y qué puede sucederle?

—Bruce... Si él no continuara al frente del Departamento de

Producción, si tuviera conflictos con su mujer... si algo truncara su carrera... yo caería también, y mi oportunidad se esfumaría. ¿Comprendes? No hay nada entre él y yo: sólo un interés egoísta de que siga dirigiendo la productora.

—No has respondido a mí pregunta.

Stella había terminado de maquillarse y se incorporó.

—¿Has traído tu coche? Te lo contaré por el camino: estos camerinos tienen paredes de papel.

Salieron del Estudio núm. 5, prácticamente desierto. Stella le precedía, caminando rítmicamente con la seguridad que le daba conocer el camino. En la puerta se cruzaron con el guarda que dedicó una larga y apreciativa mirada al contorno femenino y luego una fugaz y divertida ojeada de complicidad a Bruce, felicitándolo por su elección y suerte.

Una vez en el convertible, Bruce salió a la carretera general y emprendió el regreso a Los Ángeles.

—¿Bien?

—Alguien le está haciendo un chantaje a Syl.

—¿Chantaje?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Encontré un mensaje en su coche.

—¿Le acompaña muchas veces?

—¡Por favor, Bruce...! Fue la semana pasada: él me trajo al Estudio y por el camino se detuvo para telefonear. Yo quedé en el coche y distraídamente metí la mano en la bolsa de la portezuela: allí estaba el mensaje.

—¿Qué decía?

—Poco más o menos, «Tiene una semana. Si no paga en ese plazo su mujer se enterará».

—¿De qué se iba a enterar Bárbara Lennart?

—Lo ignoro.

—¿Te habló Syl de eso?

—No.

—¿Y le hiciste alguna pregunta?

—Tampoco. Habría tenido que explicarle que curioseé en su coche, y podía no gustarle.

No puedo estropear mi carrera, querido.

—¿Y qué quieres que haga?

—No sé; algo. El que le escribió, oree poseer algún secreto sobre Syl que podría provocar un drama conyugal. Y todo el mundo sabe que Bárbara Lennart mantiene bien sujetos los cordones de su bolsa. Si algo la ofendiera de su marido, se limitaría a arrojarlo al cubo de los desperdicios y un segundo después lo habría olvidado. Hace falta conocerla para saber todo lo autoritaria que es.

—¿Sabe Syl que me has llamado?

—No.

—¿Tu denuncia es oficial?

—¡Oh, no!

—¿Cómo quieres que intervenga en ese casa?

—Si quieres, tienes medios para averiguar las cosas confidencialmente. Por ejemplo, podrías localizar al que envió ese mensaje y obligarle a que no moleste a Syl.

—Eso es más difícil de lo que supones, querida. En realidad, lo que necesitas es un adivino para explorar en el pasado de Syl Lennart. ¡Si al menos él se confiara a mí o pudieras proporcionarme alguno de esos mensajes para investigar sobre ellos...!

—Eso no es posible, Bruce. Y, sin embargo... ¡tienes que ayudarlo!

—¿Cuándo encontraste ese mensaje en el coche?

—Hace dos días.

—Pero no tienes medio de saber el tiempo que llevaba allí. Puede incluso que sea un asunto ya viejo y te estás preocupando innecesariamente.

Stella, prietos los labios, fija su mirada en la carretera, no respondió, demasiado preocupada por su porvenir. Bruce condujo hacia el bloque de edificios donde sabía estaba el apartamento de la aspirante a estrella. Cuando frenó ante la gran fachada, prometió:

—Veré qué puedo hacer.

CAPÍTULO II

El detective Mike Chaffer se encogió de hombros.

—Lo siento, Bruce, no encontré nada.

—¿Estás seguro? ¿Has revisado bien los archivos?

—Por completo. No hay antecedentes de Syl Lennart. Nunca tuvo complicaciones, ni siquiera una denuncia por conducir en estado de embriaguez. Por lo que se ve, ese tipo es una persona de las llamadas decentes.

—Sin embargo, alguien le hace un chantaje.

—En ese caso, es seguro que no encontraremos nada en los archivos, pues si conociéramos su secreto nadie podría sacarle dinero por no revelar lo que sabe.

—Es un buen razonamiento, Mike —el teniente abandonó su sillón basculante y paseó por su despacho de la sección de Homicidios—. ¿Qué cadáver puede tener escondido en el armario Syl Lennart?

—Hay demasiadas posibilidades.

—Cierto. Pero ¿qué irritaría más a una mujer, hasta el extremo de que el chantajista le amenace con contárselo a ella? Fíjate bien: no le dice que lo publicará la Prensa sensacionalista ni que lo revelará a la policía: polo que se lo comunicará a su mujer, a Bárbara Lennart.

—Una buena amenaza. Si el asunto es grave, Bárbara le cortará el suministro de dólares y lo echará de su Compañía.

—¿La conoces?

El joven detective metió los dedos bajo su pelambrera rubia.

—El padre de Bárbara era el mayor filántropo del colegio donde estudiaba yo y tuve oportunidad de conocerla a ella. Se daba aire de reina. Desde su punto de vista no había otra mujer en el mundo más

que ella; desde luego, es guapa y tiene gusto en el vestir. Pero sobre todo posee millones.

—Por lo que veo, no es de las que tolerarían ningún devaneo en el hombre que hubieran elegido por marido.

—¡Eso es cierto!

—En tal caso, el secreto de Syl es una mujer. Apostaría doble contra sencillo.

—¿Y a dónde te conduce eso? Recuerda a tu amiga, a Stella Wingate. Ella está muy interesada en la suerte que pueda correr Syl Lennart. ¿No crees que ella es el secreto de nuestro hombre?

A Bruce le hizo daño aquel pensamiento.

—¡No!

—Discúlpame, Bruce. Pero nuestro oficio consista en desconfiar de todo el mundo.

—Conozco a Stella, así que déjala en paz.

Sonó el teléfono antes de que Mike pudiera responder. Fue el propio detective el que descolgó el auricular.

—¿Sí? ¿Teniente Davidson? Un momento, por favor.

Bruce cogió el microrreceptor y oyó la voz de Stella.

—¡Ha ocurrido algo, querido!

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó con fría entonación profesional.

—Otro anónimo.

—¿Cómo lo has interceptado?

—Te hablo desde el despacho de Syl. Me llamó para que firmase un contrato, pero han reclamado su presencia en otro departamento y me ha pedido que le aguardase. Sobre la mesa había un sobre verde, similar al que vi en el coche y... lo he mirado. ¡Es otro anónimo, Bruce! ¿Qué hago?

—Guárdatelo en el bolso: pasaré a recogerte por la oficina.

Colgó. Mike parecía haber adivinado la conversación.

—¿Otro anónimo?

—Sí; y esta vez podremos examinarlo. Volveré tan pronto me sea posible, Mike —dijo al tiempo que salía.

Cuando aparcó ante el edificio donde estaban instaladas las oficinas de la productora vio salir a Stella del amplio vestíbulo, caminando con paso vivo. Había cambiado de vestido, de acuerdo con la hora de la tarde. Realmente su cuerpo estaba hecho para lucir los mejores modelos. El traje de chaqueta entallada, ajustaba y

acariciaba su cuerpo con secreta complicidad. Los zapatos de alto tacón hacían aún más esbeltas y perfectas sus piernas, y el bolso de cocodrilo pregonaba una estabilidad económica que Bruce jamás hubiera creído en ella.

—Te estaba esperando; estoy muy nerviosa, querido.

Entró en el convertible y se sentó, tratando inútilmente de deslizar su falda para cubrirse las redondas rodillas.

—¿Lo has traído?

—Sí.

Abrió el bolso y fue a coger el sobre verde que se veía u su interior.

—No lo toques más; déjalo: me interesan las huellas que puedan encontrarse. Bonito bolso.

—¿Te gusta? Es... un regalo.

—¿De Syl?

—¿Estás celoso?

—No; sólo quiero asegurarme de que me dices la verdad.

—Y no voy a mentirte: sí; es de Syl.

—Ningún productor regala a una chica un bolso que vale una fortuna sólo por simpatía.

—¡Por favor, no imagines cosas sucias! Ya te dije...

—Recuerdo muy bien lo que dijiste. Pero alguien me ha dicho que el mundo del cine es demasiado turbio. ¿O son cuentos para asustar a los niños que no quieren dormirse...?

—Eres cruel cuando adoptas ese aire acusador, Bruce. Me das miedo.

Davidson no respondió, atento tan sólo al tráfico vespertino, demasiado complicado por los millares de vehículos que abandonaban el centro comercial llevando de regreso a sus casas, a los hombres y mujeres que durante varias horas se habían disputado entre sí unos puñados de dólares.

—¿Firmaste el contrato?

—Todavía no. Syl me envió recado diciéndome que su reunión tardaría más de lo previsto y que volviera mañana.

—Así, ¿no se dio cuenta de que le has cogido la carta?

—No.

—¿Crees que notará su ausencia?

—Lo más probable. ¿Qué haré si sospecha que he sido yo?

—Te lo diré cuando vea la carta. De todas formas, hasta mañana tendremos unas horas. Si es algo realmente grave yo mismo le daré la explicación.

—¿A dónde vamos?

—A mi despacho.

Las esmaltadas uñas femeninas se deslizaron por el antebrazo masculino, como las garras de una gata.

—¿Sigues siendo mi amigo, Bruce?

—No preguntes tonterías.

—Eso no me responde, querido. Quedamos en que aquel capítulo de nuestras vidas había pasado. No debemos empezar otro.

—No he dicho que lo desee.

—No eres muy galante.

—Yo no te puedo regalar bolsos que valen la mitad de mí sueldo de un año. —Oh, tonto.

Se deslizó en el asiento y se adhirió a él. Apoyó su cabeza en el brazo masculino y frotó su mejilla contra la tela.

—¿No comprendes que me torturas demasiado? No he traicionado tu recuerdo más que con mi arte. Sólo quiero ser estrella.

Bruce frenó en una calleja y se volvió hacia ella.

—Recuerda que soy un teniente de la policía metropolitana.

—Y yo tu prisionera... —susurró, besándole con violencia.

Davidson la apartó suavemente, borró con su pañuelo cualquier posible huella de carmín, y puso el coche nuevamente en marcha.

Cuando llegaron a la Central de Policía se había roto el encanto. Bruce aparecía distante y frío, como de costumbre, y Stella semejaba hallarse muy lejos de allí, replegada sobre sí misma para no mostrar su emotividad.

—Si aguardas el tiempo justo para que examinemos la carta en el laboratorio te acompañaré a tu apartamento.

—No, gracias. No quiero causarte más molestias. Tomaré un taxi.

Le dio la carta verde y se deslizó fuera del coche con un rápido centelleo de sus piernas.

Con el convertible de por medio, Bruce llamó:

—Stella... Temo no haber obrado con mucha delicadeza...

—Olvidalo —hizo una mueca y prosiguió—: Se supone que la

gente del cine no tenemos sentimientos ni espíritu que pueda lastimarse.

Dio media vuelta y se alejó con elásticos pasos que hacían vibrar su excitante arquitectura.

Cuando remontó los escalones que conducían al vestíbulo casi tropezó con Mike Chaffer. El detective tenía una mirada brillante y una sonrisa burlona que curvaba sus labios.

—¿Stella? Una linda damita.

—Vete al diablo, Mike.

Pasó de largo y se encerró en su despacho. Cogiendo el sobre y la cuartilla por los bordes para no borrar cualquier posible huella, revisó el mensaje y la forma en que estaba redactado.

El sobre, sin remitente, había sido escrito con letras mayúsculas, impersonales como palotes de escuela. El interior había seguido otra técnica. El mensaje lo habían compuesto con letras recortadas de un diario: un truco tan viejo como la rivalidad entre policías y delincuentes, pero que seguía siendo útil. El mensaje era breve:

«Mañana expira el plazo. Pague o...»

Nada más; ni una firma, ni un nombre, ni la menor indicación de dónde o cómo podía pagar.

Metió la cuartilla con las letras pegadas dentro de una carpeta y se fue al laboratorio.

Norman, uno de los peritos del Gabinete, le saludó al verlo entrar.

—¿Algún trabajo, teniente?

—Para no cambiar la rutina.

—¿Complicado y urgente? Como si lo viera: precisamente hoy que había proyectado sacar a mí mujer a cenar por ahí.

—No creo que le lleve mucho tiempo hacerlo. Quiero las huellas y la identidad y, a ser posible, la fecha del periódico del que fueron recortadas estas letras.

Norman lanzó un silbido.

—¿Y no lo llama complicado?

Siguió refunfuñando, pero ya se había puesto al trabajo. Primero destacó las huellas latentes y las fotografió. Luego despegó las letras de la cuartilla y se puso a trabajar con febril actividad sobre los

pequeños fragmentos de papel que había obtenido. Bruce le dio un cigarrillo y permaneció junto al perito sin interferir su tarea lo más mínimo. Norman gruñía algo de vez cuando, consultaba un fichero, hizo un par de llamadas y al fin sacó del archivo un ejemplar del «San Francisco Examiner».

—Recortaron las letras de este periódico, teniente.

—¿Está seguro?

—Es una pregunta que me ofende. Soy un experto...

—Está bien, está bien... Dígame sólo cómo pudo saberlo.

—No acostumbro a revelar mis secretos, pero... se lo diré para que vea que estoy seguro. Cada periódico utiliza un papel determinado y unos tipos de letra que rara vez son iguales a los de otro periódico. Los tipos son los que dan la «personalidad» al periódico, y cada empresa trata de poseer los suyos, en exclusiva. Para eso se hacen dibujar unas colecciones de mayúsculas que registran a su nombre. Vea la primera página del «San Francisco Examiner» y compruebe sus titulares con los del mensaje que usted me trajo: son idénticos.

—Es cierto. Gracias, Norman. ¿Y en cuanto a la fecha...?

—No pretenderá que me pase la noche trabajando, ¿verdad? Mañana me pondré a trabajar sobre eso. De momento ya tiene algo en lo que hincar las garras.

Bruce salió del Laboratorio y regresó a su despacho. Allí estaba su ayudante Mike sumergido en la página deportiva de uno de los periódicos de la tarde.

—No estaría mal que trataras de ganarte el sueldo, Mike —gruñó Bruce al entrar—. En el Laboratorio te darán las fotografías de unas huellas tan pronto las hayan revelado: búscame a sus propietarios.

—¿Es urgente?

—¡Rayos, claro que lo es! —gritó—. ¡Todo el mundo me hace la misma pregunta en esta condenada casa! ¿Creéis que yo trabajo por placer? ¡Vivo, manos a la obra!

Mike salió, de estampía, intimidado por los gritos de su jefe. Bruce, una vez solo, se dejó caer en su sillón y entrecerró los ojos. El matasellos del mensaje con el chantaje era de Los Ángeles. Sin embargo, el periódico utilizado era uno de San Francisco. Podían haber ocurrido dos cosas: que el chantajista residiera en San

Francisco habitualmente, pero que hubiera venido a Los Ángeles para cobrar y hubiera puesto su carta en un buzón de Los Ángeles para acelerar el pago; o que el chantajista fuera de Los Ángeles, pero que hubiera comprado un periódico de San Francisco para despistar.

En ambos casos, el mensaje era terminante y la amenaza clara. La índole del secreto que convenía mantener guardado a Syl Lennart seguía siendo una incógnita, y sin averiguar esto no era posible proseguir en la investigación.

Levantó el auricular y marcó el número de la residencia de Lennart. Al otro lado del hilo, una doncella se puso al aparato.

—¿El señor Lennart? —repitió sin comprometerse—. Veré si está en casa, señor. ¿Quién le llama?

—Dígale que soy el teniente Davidson.

Al cabo de un par de minutos se oyó la voz del productor cinematográfico.

—Lennart al aparato. ¿Quién dice que es?

—El teniente Davidson, de la policía.

—No creo conocerle...

—Así es.

—Bien, usted dirá.

—¿Puede recibirme, señor Lennart?

—¿De qué se trata?

—Es algo que le concierne. No creo que deba mencionarlo por teléfono y, por otra parte, sospecho que es urgente.

—No me gustan los enigmas, teniente. Además, mi tiempo está contado y...

—Pasaré por su domicilio dentro de media hora. ¿Podrá aguardarme? —decidió secamente para cortar las evasivas de Lennart.

—Trate de llegar antes. Tengo un compromiso para esta noche y no me gusta hacerme esperar.

Cuando Bruce subió a su coche estaba furioso. Sin conocer a Syl Lennart adivinaba su carácter engreído, de persona que no le ha costado triunfar en la vida, aunque no por méritos propios. Eso le impedía comprender el valor de las cosas.

La casa de Lennart era una lujosa villa de Beverly Hills, rodeada por un amplio parque circundado por una verja. La grava del

camino crujió bajo las ruedas del coche. El edificio tenía tres pisos, y toda la planta baja se hallaba iluminada. Sólo una fortuna como la de Bárbara Lennart podía sostener un lujo semejante. El marido de una mujer así debería andar con mucho cuidado para no perder aquel paraíso.

Un criado descendió de la veranda al detenerse el coche y le abrió la portezuela. Bruce se deslizó fuera al tiempo que escuchaba:

—El señor Lennart le aguarda en la biblioteca.

Le precedió por un vestíbulo circular con cuatro columnas de mármol que sustentaban el piso alto. Al fondo comenzaba una escalera alfombrada que al llegar al primer tramo se bifurcaba. El criado dio unos golpecitos en la pesada puerta de caoba y abrió seguidamente, haciéndole paso.

Bruce vio a través del hueco a Syl Lennart que estaba sirviéndose alguna bebida. Sin volverse, el productor invitó:

—Pase, Davidson. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Se detuvo a tres pasos de Lennart que dejó la botella de jerez sobre la mesita y se volvió hacia el recién llegado.

—Entiendo; está de servicio —bebió un pequeño sorbo y mostró un sillón de cuero—. ¿No quiere sentarse?

Lennart debió haber triunfado por su físico. Era lo que suele llamarse un hombre guapo: alto, ancho de hombros, con facciones viriles y una sombra plateada en las sienes. Vestía con elegancia y tenía ademanes desenvueltos. No era probable que valiera mucho más que su físico, pero aun así había bastado para cautivar a la acaudalada Bárbara.

—¿De qué se trata?

Bruce miró su sombrero que no había querido entregar al criado y tardó algo en responder mientras daba vueltas al fieltro entre sus dedos.

—¿No cree que debe acudirse a la policía cuando se tienen problemas, señor Lennart?

—¿De qué me habla? —respondió rápidamente.

—Si usted es víctima voluntaria de un delito, podría calificársele de cómplice del mismo.

—No tengo demasiado tiempo —se impacientó, tenso—, de manera que...

—Lo diré con otras palabras. ¿Por qué soporta ese chantaje?

Lennart apretó los labios. Parecía a punto de negar mano, conteniéndole.

—No vale la pena seguir negando, Lennart. Si es verdad que no dispone de mucho tiempo, es mucho mejor que acepte los hechos como son. Lo sé todo. Sé que mañana expira el plazo, y que si no paga... su mujer sabrá algo peligroso para usted.

—¿De dónde ha sacado esa historia? —chilló.

—¿Es cierta o no?

Lennart apretó los labios. Parecía a punto de negar pero debió darse cuenta de que no iba a ser creído, así que, en un arranque de cólera, estrelló la copa contra el suelo y replicó, agriamente:

—¡Márchese inmediatamente! ¡No tiene ningún derecho a meterse en mis asuntos! ¡Fuera! ¡Salga ahora mismo...!

Fue a la puerta y la abrió con rabia. Bruce tuvo que apretar los puños para contenerse. Hubiera aplastado con gusto la nariz del estúpido productor, pero realmente había llegado demasiado lejos por ayudar a Stella.

Se mordió el labio inferior, respiró hondo y salió al *hall*. Tras él oyó un violento portazo y un momento después se encontró en la veranda, sin haberse cruzado con nadie.

El aire nocturno le refrescó el rostro. Despacio, bajó los escalones y subió al coche. Iba a apretar el botón del encendido, cuando oyó que alguien le llamaba.

—¡Teniente Davidson!

Volvió la cabeza y vio una figura que se acercaba con rapidez. Era una mujer rubia ataviada con un vestido blanco de noche, muy escotado. Bruce se dijo que tenía una distinción difícil de hallar.

Antes de que se presentara supo que era la dueña de todo aquello.

—Soy Bárbara Lennart, teniente. ¿Puedo hablar unos instantes con usted?

Antes de que pudiera responder, ella había abierto la portezuela y se deslizaba en el asiento de cuero, junto a él.

—Dé una vuelta por los alrededores, así podremos hablar sin testigos.

Bruce obedeció, pese a lo extraño de la situación. Bárbara Lennart respondía por completo a su fama. Era todo lo hermosa que

decían y algo más. Y mucho más elegante que la mayoría de las mujeres. Lo único que estropeaba el conjunto era la dureza que emanaba de ella. Daba la impresión de ser una mujer que recelaba de todos y que no encontraba mejor defensa que una cerrada guardia y una rigidez extrema.

Salieron del parque, y Bruce enfiló la carretera. Con la velocidad, los dorados cabellos se agitaban graciosamente. Ella se cubrió el escote con su mano derecha en la que brillaba una sortija con un enorme brillante.

—¿Tiene frío? Reduciré la marcha.

—Gracias.

Puso el coche al paso, pegado al bordillo para no obstaculizar el tráfico.

—¿Cuál es su problema, señora Lennart?

Podía haber sido romántico un encuentro como aquél, con su belleza y el suave perfume que emanaba de su cuerpo espléndido, pero Bárbara Lennart tenía conectada su vitalidad en el punto de congelación.

—Mi marido, ¿cuál podía ser? ¿De qué chantaje hablaban ustedes, teniente?

—¿Oyó nuestra conversación?

—Fue una disputa violenta por parte de mi marido. Lo hubiera escuchado aunque yo me encontrase al otro lado de Los Ángeles y no en el jardín. Pero no ha respondido a mí pregunta, teniente.

—No creo que deba hacerlo.

—¿Por qué?

—No estoy autorizado.

—¿De quién precisa el permiso? ¿De Syl? Ya vio cómo le trató. Además, si es algo que concierne a mí marido, y de extrema gravedad, tanto que ello motiva un chantaje, estoy en el derecho de hacerlo. Por mí propia seguridad.

—Lamento no poder informarla, porque yo tampoco sé nada. Si oyó nuestra conversación se habrá dado cuenta de que intenté hacerle hablar.

—Sí —quedó pensativa unos instantes—. Así que han vuelto esos anónimos...

Bruce la miró, sorprendido.

—¿Dice que han vuelto? ¿Hubo otros que usted interceptó?

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace cosa de un mes. Llegó por correo. El mayordomo hace la distribución de las cartas que se reciben. Las de mi marido las deja en la biblioteca, donde desayuna, y las mías me las entrega la doncella cuando me sirve el desayuno en mi dormitorio. Ya sabe lo que ocurre en estos casos: se abren las cartas sin mirar la dirección, dando por sentado que nos pertenecen. Así rasgué el sobre dirigido a Syl. Dentro había una cuartilla con letras de periódico recortadas.

—¿Qué decía?

—No recuerdo exactamente. Me... me impresionó demasiado. Hacía referencia al pasado de Syl y le pedían dinero por guardar su secreto e impedir que llegara a mi conocimiento.

—¿Qué hizo usted?

—Busqué un sobre similar, escribí la dirección con los mismos palotes que el original y la puse en el correo: no me sentí con fuerzas para tener una escena con mi marido.

—¿Recibió él ese mensaje?

—A la mañana siguiente madrugué y recogí yo misma el correo: quería cerciorarme de que llegaba a sus manos. Le vi revisar la correspondencia como siempre hace antes de abrirla y cuando encontró el sobre con aquella peculiar grafía, se lo guardó en el bolsillo sin abrir.

—¿No le interrogó usted al respecto?

—No; estaba confundida, desorientada. No sabía cuál era la postura que yo debía adoptar. Por sus gestos, supe que ya había recibido cartas similares con anterioridad, pues a pesar de que no llevaba remite pareció reconocerla. Sin revisar su contenido, como si ya supusiera de qué se trataba, la guardó, sin duda para impedir que yo la viera.

—¿Nunca le ha hablado él del chantaje que tratan de hacerle?

—No.

—¿Tiene él... permítame la indiscreción... dinero suficiente para hacer frente a ese chantaje?

—No sé cuánto le piden, pero Syl dispone únicamente de su paga en mi Compañía.

—¿Es cuantiosa?

—No; tenga en cuenta que el sostenimiento de nuestro hogar

corre de mí cuenta.

—Entiendo.

Habían llegado a un punto muerto, difícil además por la índole del tema tratado. Bárbara Lennart tenía prietos los labios, en gesto de indomable obstinación. No debía ser fácil la vida a su lado, perpetuamente preocupada por sujetar con firmeza su bolsa para evitar filtraciones. El hombre que fuera su marido adquiriría bien pronto el complejo de criado. Mujeres como Bárbara hacían odiar el dinero y todo lo que él representaba.

—¿Qué piensa hacer, teniente?

—Su marido ha negado la existencia de un chantaje.

—Pero usted sabe...

—Si no media una denuncia poco puedo hacer. Y aunque usted requiriera el auxilio de la policía, bien poco podríamos conseguir si nos faltaba la colaboración de su marido.

Se hizo un prolongado silencio. La conversación había llegado a su término y sin mediar petición alguna, Bruce maniobró para regresar a la residencia de Bárbara Lennart. Cuando llegaban ante la verja, ella rompió el silencio y se volvió hacia el teniente.

—Una cosa quiero decirle, Davidson. Sea cual sea el pasado de Syl Lennart... yo lo ignoro por completo —alargó la mano y la posó en el antebrazo masculino, en un gesto que equivalía en otra mujer a una entrega—. ¿Me comprende, teniente? ¡A mí no pueden culparme si mi marido me ha engañado...!

—Descuide, señora Lennart. La justicia en estos casos trata de aquilatar muy bien las responsabilidades.

—Gracias —intentó sonreír, pero estaba demasiado dominada por su propio egoísmo para triunfar en el intento—. De todas formas, usted ya sabe mi inocencia...

Bruce sintió deseos de mostrar a la hermosa millonaria su desprecio por tanto egoísmo; le hubiera gustado decirle que una esposa es algo más que una cuenta corriente, y que en el triunfo y en el fracaso está obligada a ser la compañera del hombre que libremente ha elegido por esposo. Pero se calló. Prefirió ignorarla. Frenó ante la amplia puerta de la verja y ella descendió del coche.

—Gracias por todo, teniente. Ayúdeme y no lo lamentaré...

Pero Bruce pisó el acelerador y se alejó de allí, dejando a Bárbara Lennart con la palabra en la boca.

CAPÍTULO III

Estaba afeitándose ante el espejo del reducido cuarto de baño de su apartamento cuando oyó repiquetear el teléfono. Aquello le hizo lanzar una maldición. Se había dormido y el retraso ya había sido notado en la oficina. Era una pesadilla ser requerido a cada instante por su trabajo en el Departamento.

Cruzó en camiseta el *living* y todavía con la afeitadora en la mano levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Bruce? Perdona que te moleste, pero...

—¡Vete al diablo, Mike, no hace falta que me llames para decirme que me he dormido!

—Cálmate, Bruce —su ayudante suspiró al otro lado del hilo—. Deberías visitar un médico: por las mañanas tienes un humor de mil demonios. Yo pienso que es el hígado...

—¡Mi hígado y tú os podéis ir al infierno!

—De acuerdo, teniente. Ha llamado la señora Lennart.

Davidson gruñó algo.

—Bien. ¿Y qué quiere?

—Parecía agitada. Necesita decirte algo urgentemente.

—¿De qué se trata?

—No quiso contármelo. Me ha dado su teléfono para que la llames tan pronto yo te haya localizado.

—¿Y quién se cree que es Bárbara Lennart para ordenarme que la telefonee? Si vuelve a llamar envíala al mismo sitio que te mandé.

—Al infierno, sí.

Y Mike colgó precipitadamente para no oír la interjección de su jefe.

Bruce estuvo a punto de romper el aparato al colgar violentamente el auricular. Luego, volvió al cuarto de baño. Le irritaba profundamente haberse dormido, y eso iba a gravitar durante toda su jornada.

Enchufó la afeitadora y volvió a pasarla por la barbilla, apurando los rebeldes pelos. Nuevamente el timbre irritante del teléfono se destacó por encima del zumbido de la maquinilla.

—¿Otra vez? —Ladró.

Casi arrancó el cordón del aparato al descolgar.

—¿Quién es ahora?

—¿Teniente Davidson? —Era Bárbara Lennart, pero nerviosa y asustada—. Hace rato que trato de localizarlo... Llamé a su oficina y luego busqué su número en la Guía...

—¿Y qué le ocurre? —interrumpió, demasiado rudamente.

—Verá... Me llamaron del Banco... Parece ser que mi marido estuvo allí justo un minuto después de abrir.

—¿Y bien?

—Hizo efectivo un cheque firmado por mí, que yo le entregué ayer.

—Es una operación normal, ¿no? —ironizó.

—Era por valor de un millón: para unos pagos importantes que había que hacer hoy con vistas a la película que estamos rodando.

—Sigo sin comprender.

—¡Es que en el Banco tenían que extenderle unos cheques, de acuerdo con una orden de pago en la que figuraban las cantidades justas que correspondían a cada acreedor! Pero Syl pidió el dinero, *en efectivo*...

—¿No es anormal?

—¡Por completo, claro que sí! Por eso le llamo. He telefoneado a mí marido a su oficina, pero no estaba. Luego he hablado con nuestro administrador, y...

—Continúe.

—Hoy no había que pagar ni un centavo, sino el sábado próximo. ¿Se da cuenta, teniente? ¡Mi marido me ha engañado, haciéndome firmar un cheque tan importante...! ¡Tiene que encontrarlo y hacerle que me devuelva mi dinero...!

—Cálmese, señora Lennart. Veré qué puedo hacer.

—¡Yo le diré lo que debe hacer, teniente! ¡Encontrar a mí

marido y obligarle a que me devuelva lo mío...!

Su voz se había hecho aguda y cortante como un puñal. Bruce se sintió desagradablemente impresionado por aquella ambición.

—Pase por mí oficina para hacer una denuncia oficial, señora Lennart. Mientras, iniciaré la investigación.

Terminó de asearse, devoró su desayuno que él mismo se preparaba en su apartamento de soltero, y salió a la calle. Afortunadamente tenía el garaje en el mismo edificio, y así pudo encaminarse a las oficinas de la productora en unos minutos.

Por el camino tuvo tiempo de pensar en Syl Lennart y en los motivos que habría tenido para hacer una cosa como aquélla, sabiendo positivamente que su mujer no iba a perdonarle un robo semejante.

Aceleró cuanto le permitió el tráfico y cuando se detuvo ante el edificio de las oficinas, tuvo el convencimiento de que iba a costarle hallar a Lennart.

Como esperaba, Syl Lennart no estaba en su despacho. Su secretaria, una chica muy mona que se obstinaba en lucir prendas una talla más pequeñas que lo que su silueta toleraba, compuso una pose cinematográfica al sacudir su corta melenita.

—Lo siento, señor. El señor Lennart salió.

—Imagino que no sabe dónde puedo encontrarle.

Ella volvió a negar. Debió tomar a Bruce por alguien relacionado con el cine porque se movía constantemente dándole oportunidad de observar su figura.

—Me gustaría complacerle, señor, pero... lo ignoro.

—¿No tenía alguna cita para hoy? ¿Algún lugar al que debiera dirigirse? Le ruego recapacite bien. Soy de la policía.

Súbitamente la exhibición concluyó. La pelirroja pasó tras su mesa, estiró el borde de la falda y ensombreció el gesto, desencantada.

—Debió haber empezado por ahí. Si sólo es un policía... No; no sé dónde pueda encontrar al señor Lennart.

—Muy amable. ¿Podría hablar con el administrador?

La secretaria no parecía dispuesta a molestarse mucho más por él.

—Creo que el señor Avedon estará en su oficina.

Un ordenanza le condujo hasta una puerta donde una placa

dorada anunciaba que aquello era el despacho de Rolf Avedon, administrador de la Compañía.

Un minuto después estrechaba la mano de un individuo alto, huesudo, de tez cobriza y esqueleto que hacía parecer arrugados y mal cortados todos los trajes que se pusiera.

—Veo que la señora Lennart no ha tenido mucha paciencia — comentó al ofrecerle asiento.

—¿Ella le habló de la cantidad que el señor Lennart ha sacado del Banco en efectivo?

—Sí; me telefoneó. Parecía alarmada. Me habló de que Syl había cobrado una suma muy elevada para unos pagos que... no debían realizarse hasta el sábado.

—Tengo entendido que esos pagos se efectúan por cheque y nunca en efectivo.

—Así es; son cantidades demasiado importantes. El negocio del cine mueve mucho dinero.

—Y esos cheques los extiende el Banco.

—Sí; de acuerdo con una orden de pago que nosotros preparamos.

—La señora Lennart vio una de esas órdenes de pago que ella firmó.

—Yo mismo la hice. Pero quizá no se fijó en la fecha...

—Y Syl Lennart ha sacado ese dinero en lugar de entregar la relación nominal de acreedores, como de costumbre.

—Así es. Yo mismo he llamado al Banco después del aviso de la señora Lennart. Syl pidió el millón en billetes de veinte dólares, que guardó en un maletín negro que llevaba consigo.

—Una moneda muy difícil de controlar. ¿Eran billetes nuevos?

Rolf Avedon jugueteó con un abrecartas de plata y negó lentamente.

—No; se me ocurrió que podía ser necesario conocer la numeración de los billetes, pero Syl Lennart pidió expresamente que le dieran billetes viejos. En consecuencia, le entregaron billetes que recibieron ayer en las distintas ventanillas por pagos diversos. No hay ni una sola posibilidad de conocer ni siquiera el número de un billete.



El asunto ha hecho crisis

Davidson se pasó la mano por la barbilla.

—Es curioso ese empeño por obtener billetes usados. ¿Qué piensa usted, Avedon?

—Temo no saber qué decirle, teniente.

—¿Tiene usted buenas relaciones con Lennart?

—Es el director de la Compañía.

—Eso no es una respuesta, Avedon.

—Ya sé, pero no puedo ser más explícito. Todo empleado está, por principio, situado frente a sus jefes. Es ley de vida. Yo no puedo ser una excepción. Lennart y yo nos toleramos, simplemente.

—Es usted muy sincero. ¿Sabe algo de él que justifique lo que hoy ha hecho?

Rolf Avedon le miró, sonriente.

—¿Qué es lo que ha hecho *exactamente* Syl Lennart, teniente? —preguntó con un divertido candor.

—No quiere cooperar, ¿eh?

—Por el contrario, estoy deseándolo. Pero de verdad no sé qué pueda decirle. Syl Lennart no es un hombre abierto: constantemente se preocupa de que nadie penetre en su intimidad. Por mucho que busque no le encontrará ni un solo amigo. Yo siempre desconfío de los que no timen amigos.

—¿Y amigas?

Avedon desvió la mirada y curvó los labios.

—El mundo del cine dicen que está corrompido. Hay muchachas que buscan una oportunidad por cualquier procedimiento.

—¿Conoce usted algunos nombres que puedan relacionarse con Lennart?

—Tantos como secretarias ha tenido. Y cambia constantemente. Busque los repartos de las películas que produce para su mujer y apueste a que cada mujer ha sido amiga de él.

Bruce se incorporó.

—Si necesitara encontrarlo ahora, ¿dónde le buscaría usted?

Rolf Avedon dejó su sillón y rodeó el escritorio.

—Lo ignoro.

El teniente se dirigió a la puerta y la abrió. Antes de salir se volvió hacia el administrador.

—¿Cuál puede ser la razón de que él haya sacado esa cantidad del Banco?

Avedon se le reunió.

—La misma que usted está pensando en estos instantes, teniente. Cualquier hombre se cansa, tarde o temprano, de ser pisoteado por su mujer. Sobre todo, si ella es millonaria.

El muchacho recogió su sombrero y se lo encasquetó.

—Gracias, Avedon. Si sabe algo comuníquemelo.

Descendió a la planta baja y se encaró con el conserje que guardaba la puerta.

—¿Vio salir al señor Lennart? —preguntó al tiempo que mostraba su placa.

—Oh, sí, lo vi.

—¿A qué hora?

—Muy temprano. Más que de ordinario... Quizá eran las ocho y media.

Por lo que sabía del asunto, para esa hora ya había estado en el Banco.

—¿Llevaba algo, un maletín quizá?

—Déjeme que piense... Sí; uno negro, lo recuerdo muy bien.

—Excelente. ¿Lo recogió algún taxi o tenía su coche aquí?

El conserje arrugó la frente para exprimirse el cerebro.

—Espere... ¡Ya recuerdo! Subió a un coche que le aguardaba en el extremo de la zona de aparcamiento, pero no era el suyo, ni tampoco un taxi.

—¿Lo recuerda?

—Sí; era un coche deportivo de dos plazas, color azul. Es característico. Me llama la atención siempre que lo veo.

—¿Lo conocía de antes? —preguntó, diciéndose que había tenido más suerte de la que esperaba.

—Oh, claro. La señorita Emerson viene al menos una vez por semana a las oficinas.

—¿La señorita Emerson?

—Sí; Maty Emerson, la estrella del *ballet* acuatice que actúa en la película actualmente en rodaje.

Bruce exhaló un suspiro. De modo que la escultural y extraordinaria Maty Emerson tenía relación con Lennart y el millón que había sacado del Banco.

—¿Vino esta mañana?

—Por supuesto. Me extrañó ver su coche allá. Por lo que sé nunca madruga a no ser que le obligue el plan de rodaje. Luego, cuando vi al señor Lennart subir a su coche supuse que iban al Estudio número cinco.

—¿La identificó sin lugar a dudas?

—¡Claro que sí! —Parecía ofendido—. ¿Cree que es fácil olvidar su figura? Vestía de blanco, como de costumbre, y con el pañuelo

anudado bajo la barbilla. Los lentes de sol me ocultaban sus ojos, que son únicos y... —El conserje suspiró hondamente, embelesado por el recuerdo—. Cada vez que Maty Emerson viene a las oficinas es día de fiesta para mí.

—Gracias; su ayuda ha sido decisiva.

Entró de nuevo en el amplio vestíbulo y se deslizó dentro de una de las cabinas telefónicas desde la que llamó a su oficina. Cuando Mike Chaffer estuvo al aparato, le ordenó:

—Localiza el domicilio de Maty Emerson, la estrella del *ballet* acuático y vigila sus movimientos.

—Una tarea, muy agradable —se entusiasmó Mike al instante—. Me disfrazaré de plomero y tendré oportunidad de recorrer su casa del sótano al tejado...

—No te pedí que la vigilaras tan de cerca, Mike. Ni mucho menos que entres en su cuarto de baño. Pero toma buena nota de quién la visita y, sobre todo, si se pone en contacto de alguna forma con Syl Lennart. Por supuesto, si abandona su casa, síguela.

—De acuerdo, jefe. Eres muy duro conmigo.

Bruce devolvió el auricular a su horquilla y fue a salir.

En aquel momento vio pasar ante él, en dirección a la calle, la figura desgarbada y nerviosa de Rolf Avedon, el administrador.

Siguiendo un súbito impulso, promovido quizá por la ansiedad que creyó ver en el rostro de Avedon, Bruce decidió seguirle.

CAPÍTULO IV

Le había parecido ver en Rolf Avedon una ansiedad fuera de lugar, después de la fingida indiferencia que había adoptado durante el interrogatorio.

Desde la cabina telefónica podía ver la acera y en ella al administrador de la Compañía que hacía señas a un taxi.

Sólo cuando le vio subir al vehículo, Bruce abandonó el recinto de la cabina y corrió al lugar donde tenía aparcado su coche. Entró en él de un salto y lo lanzó tras el vehículo amarillo que le precedía.

Conforme se aproximaba a las vías principales aumentaba el tráfico, lo cual constituía un peligro para el éxito de su persecución. El teniente apretó un poco más el acelerador para cortar distancias y grabó en su mente el número de matrícula del taxi. Luego, volvió a retrasarse a fin de no hacerse sospechoso.

Desembocaron en Western Avenue, donde el tráfico era tumultuoso a aquella hora de la mañana. Tuvo que apretar el acelerador nuevamente para incorporarse a la gran velocidad de la corriente rodada y empezó a maldecir a los automovilistas que tenían pasión por aprovechar cualquier hueco para adelantar a quienes les precedían. En unos pocos minutos Bruce tuvo entre el taxi y él una auténtica cortina móvil que le impedía controlar los movimientos de su perseguido.

Dejó a la derecha el Memorial Coliseum, escenario de apasionantes encuentros deportivos, silencioso y vacío en aquel instante, y rebasó los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, situados al pie de Baldwin Hills.

Varios vehículos que le precedían se dispersaron en los ramales laterales y entonces, por vez primera en muchos minutos, encontró un hueco ante sí para ver el coche que perseguía.

Estuvo a punto de lanzar una interjección sólo apta para oídos masculinos, pero se mordió el labio inferior y gruñó algo ininteligible al ver ante él no menos de una veintena de taxis, todos idénticos, pintados de amarillo, y entrecruzándose incesantemente como en un *ballet* gigantesco.

Por fortuna su coche poseía un gran motor y en un par de minutos estuvo a la cola de los taxis. Recordaba muy bien la matrícula del que había tomado Rolf Avedon, de modo que no iba a serle difícil identificarlo.

Leyendo matrículas, fue rebasando a los vehículos uno a uno, confortado por el saludable ronquido de su motor.

Pero su beatífico estado de ánimo se descompuso al terminar el examen de cada uno de los taxis.

¡El de Rolf Avedon había desaparecido!

Levantó el pie del acelerador y se maldijo por su exceso de confianza. En cualquiera de los cruces que habían pasado, se le había escapado el taxi filtrándose por entre el maldito tráfico, sin que pudiera advertirlo. De nada serviría que retrocediera para buscarlo, pues un taxi en los 1200 kilómetros cuadrados de superficie de Los Ángeles era como una gota de agua en el mar.

Suavemente se adhirió al bordillo y miró a su alrededor para orientarse. Se hallaba muy cerca de Wilshire Avenue, y desde donde estaba podía ver la torre de City Hall a su derecha. A la izquierda se extendía el barrio lujoso de las estrellas, Beverly Hills, y eso le hizo recordar a Stella. Ella todavía no vivía en él, pero si la suerte la acompañaba no tardaría en hacerlo.

Aquellos pensamientos le situaron de nuevo en su investigación, en el hecho de que Stella le había pedido ayuda para Syl Lennart, y en que éste acababa de robarle a su mujer un millón de dólares.

No vivía lejos de allí Stella. Una visita, aunque fuese tan temprano para ella, no vendría mal para aclarar cuestiones.

Abandonó el bordillo y torció hacia Beverly Hills, aunque se detuvo antes de llegar a la colina de los millonarios. Stella, al menos, quería vivir cerca de su meta.

Había una zona para aparcar ante el bloque de apartamentos, y en él dejó su descapotable. Luego, en uno de los ascensores subió al piso de Stella y pulsó el timbre de su puerta.

Alguien acudía a abrir canturreando. Stella no solía madrugar

tanto, a no ser que el trabajo la obligara. Se abrió la puerta y Bruce inició el saludo:

—Te encuentro de buen humor, Stel... —se interrumpió al ver a la rubita de rostro aniñado, busto recogido en una camisa de cuadros, cuyos faldones habían sido atados en el talle con un nudo, y pantalones de látex oscuros—. Perdone, he debido equivocarme de apartamento —se disculpó.

Pero la muchacha le hizo un gesto amistoso.

—No; no se equivocó, si busca a Stella. Soy compañera suya. Mi nombre es Anne Brenan. ¿Quiere pasar?

—No sabía qué Stella compartiera su apartamento con otra muchacha, ni que ésta fuera tan linda.

—Oh, no me compare: ella es mucho más bonita que yo. ¿Venía a buscarla? Lo siento, pero no está.

—¿Se ha marchado? Ella no suele ver el sol antes del mediodía.

—Hoy era su día libre en el Estudio y decidió ir a Santa Mónica, a dormirar bajo el sol, me dijo. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Mi nombre es Bruce Davidson.

—Ah, sí, teniente de la policía, ¿no? Stella me ha hablado muchas veces de usted. ¿Quiere tomar algo?

Anne pertenecía al tipo de muchachas junto a las cuales no es posible envejecer. Parecía que tenía el secreto de la eterna alegría. Sus ojos verdes eran luminosos y esperanzadores, y todo su cuerpo pregonaba la existencia de una vitalidad inagotable. Iba vestida cómodamente, para su intimidad, pero aun así evidenciaba una elegancia innata y una gracia muy particular en cada uno de sus movimientos.

—No, gracias.

Pero ya se había alejado con pasos elásticos que balanceaban sus caderas redondas hasta una mesita donde había varias botellas.

—Tomará un refresco, eso no es licor... lo digo por si está de servicio. Además, hace un día cálido.

Le llevó un alto vaso donde nadaban dos cubitos de hielo y una rodaja de limón en un líquido ambarino.

—¿No se sienta?

Bruce tuvo que hacerlo. Le costaba además separarse de Anne. Ella se situó frente a él y cruzó las piernas con despreocupación.

—Está preguntándose cuál es mi ocupación, ¿adivino? Pues

bien, se lo diré: soy dibujante. Hago portadas para novelas. Dentro de algún tiempo, cuando haya madurado mi estilo, me las pagarán muy bien. ¿Quiere ver mis obras?

Se incorporó y le precedió. La, piel de la cintura que dejaba al descubierto la camisa era tostada y joven. Bruce se encontró pensando que debía ser muy agradable acariciarla.

Cruzaron el moderno *living* y entraron en una especie de leonera cuya máxima cualidad era un gran ventanal. Junto a él, un tablero de dibujo en el que estaba sujeto un papel sobre el que aparecían dos figuras jóvenes en actitud de besarse. No estaba terminado pero había energía en los trazos a la par que un encantador sentido del color.

—Es usted una artista. ¿Hace mucho que vive con Stella?

—Unos seis meses.

—¿Qué clase de amigos tiene?

Anne lanzó una risita.

—¿Celoso?

—Si Stella le ha hablado de mí sabrá que lo nuestro terminó.

—Oh, claro. ¿Por qué?

—Ustedes, las muchachas de hoy, acostumbran a tener los sentimientos en el cerebro.

Anne se puso repentinamente seria.

—Dice eso con resentimiento.

—Sólo con amargura. Ya no es posible creer en los sentimientos de ninguna mujer. Llámeme cínico si quiere. Quizá mi trabajo me enfrente con el lado feo de la vida, pero a diario conozco casos que refuerzan mi opinión. Lo primero que se busca hoy es la cuenta corriente o la posición económica. El amor viene después, o no, en función de estos datos.

Anne cogió un pincel y retocó el dibujo.

—Debió amar mucho a Stella.

—Demasiado insensatamente.

—Y debe amarla todavía.

—Ya le he dicho que eso pertenece al pasado.

—No —le miró francamente a los ojos—. Un hombre despedido no la ayudaría como usted lo intenta ahora. Eso me hace pensar que bajo las cenizas hay fuego.

Bruce miró por el ventanal a la gran ciudad que bajo el sol

parecía arder con una bruma tenue que desdibujaba la perspectiva del paisaje.

—Ella volverá a usted. No puede ser de otro modo.

Dejó el pincel y le apoyó la mano en el brazo.

—Stella sólo se ha interesado por su arte —añadió.

Bruce miró a la muchacha y la vio como envuelta en un nimbo de irresistible encanto. El sol le daba en la espalda y esto hacía centellar sus cabellos, como si fueran de oro. En aquel instante parecía uno de sus dibujos, realzado su encanto por una luz única.

La cogió de los hombros. Bajo la delgada tela de la camisa sólo había una piel que se advertía cálida. Era como un animal joven, lleno de vida, sin preocupaciones ni prejuicios. Por un momento, Bruce sintió cansancio de su propia soledad y pensó que necesitaba un equilibrio sentimental que le limpiara el amargor acumulado en el diario trabajo en el Departamento. Pero la mirada sorprendida de Anne le hizo soltarla rápidamente, confuso por su momentánea debilidad.

—Es usted una buena chica —murmuró, tratando de sonreír—. ¿Dónde puedo encontrar a Stella? Tengo que hablar con ella inmediatamente.

La pintora, cogió un bloc y un lápiz de una mesa y escribió rápidamente una dirección. Entregándole la hoja arrancada, añadió:

—No le resultará difícil hallarla. Hemos alquilado para la temporada un *bungalow*. Destaca de entre todos por su color amarillo.

De regreso en su coche, Bruce tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para apartar de su mente la figura de Anne. Rebasó Beverly Hills y se encontró en Santa Mónica Avenue que terminaba en el mar. Cuando llegó a la población costera se dirigió a la carretera del Pacífico que contorneaba la bahía. Sobre la playa, a pocos metros del agua, se alineaban los *bungalows* como una inmóvil formación de centinelas frente al Pacífico. No hacía falta consultar el número anotado por Anne en la hoja del bloc porque la fachada amarilla destacaba violentamente entre las del resto de las edificaciones.

Bruce se apartó de la carretera y zigzagueó por el ramal que conducía a la playa. Frenó en una explanada dispuesta al efecto y cruzó por entre las cabañas hacia la de Stella.

La encontró tumbada boca abajo, sobre una toalla multicolor, luciendo unas cintas rojas que pretendían ser un bikini. Tenía el rostro entre los brazos y los rojizos cabellos cubiertos por un sombrero de paja, protegiéndose del sol.

Formaba una bella estampa, abandonada como una ninfa en la soledad del bosque. Pero aquél era un espectáculo común frente a cada *bungalow*.

Se detuvo junto a ella. Stella se volvió al oír el crujido de la arena bajo los pies masculinos.

—¿Bruce? ¡Eres tú!

Se sentó bruscamente. Parpadeó, heridos los ojos por el reflejo del sol en la arena.

—¿Qué ha sucedido? —había alarma en su voz.

—¿Esperas que ocurra algo?

—No puedo imaginar otra cosa, viéndote aquí. No desperdiciarías tu tiempo en venir a verme.

—Efectivamente, creo que el asunto ha hecho crisis. ¿Vamos dentro? Aquí no podremos hablar.

Penetraron en el *bungalow*, que constaba de un *living* rústico, con muebles de bambú y poltronas de vivos colores, y un dormitorio de dos camas, amén de la cocina y el baño.

Stella se cubrió con un corto poncho de felpa que le llegaba a los muslos y señaló un sillón.

—Cuéntame lo que sea. ¿Se refiere a Syl?

—En efecto. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿No está en la oficina ni en su casa?

—Ha desaparecido.

Stella arqueó las cejas.

—Esta mañana sacó del Banco un millón en efectivo.

La muchacha se dejó caer junto a Bruce tan bruscamente como si le hubieran roto las piernas.

—¿Un... millón?

—Sí; engañó a su mujer, le hizo firmar un cheque y luego obtuvo del Banco el dinero en billetes pequeños, cuando normalmente encargaba cheques por cantidades concretas, según relaciones preparadas de antemano, para abonar los saldos deudores.

—¿Cómo ha pedido hacer una cosa así?

—Es el fin para él. Bárbara Lennart no le perdonará. Su acusación oficial conducirá a Syl a la cárcel. Tengo que encontrarlo y tú puedes ayudarme.

Stella se cubrió el rostro con las manos.

—¡Qué loco ha sido...! Y ahora yo... —Cuando retiró las manos de su rostro había palidecido—. ¿Te das cuenta, Bruce? Tengo muy mala suerte. ¡Tenía que suceder esto ahora, precisamente ahora! Cuando todavía no he firmado el contrato para mi próxima película: era mi oportunidad, Bruce, te lo dije y... ahora ya la he perdido.

—Lo lamento, Stella, pero Syl Lennart no quiso ayudarme. Anoche fui a su casa y traté de sacarle alguna información, pero me arrojó con ademanes destemplados... Luego hablé con Bárbara: ella estaba enterada del asunto que amenazaba a Syl. Le había interceptado un anónimo hacía tiempo. Su marido debió comprender el peligro que le amenaza y... se lo ha jugado todo a una carta.

—¿Crees que ha robado para sí?

—¿Qué otra cosa puede haberle impulsado?

—Recuerda los anónimos. Ese chantaje...

—Es demasiado dinero un millón: no hay secreto que valga tanto dinero. Además, Syl Lennart está perdido después de esto. No cometería la estupidez de pagar por un secreto que puede perjudicarle menos que el robo de hoy.

—Es cierto. ¿Qué vas a hacer, Bruce?

—Tengo que encontrarle.

—Temo que no sabré ayudarte, querido. No he visto a Syl desde ayer, cuando te llamé desde su despacho.

—Quizá puedas hablarme de sus amistades.

—No pertenecemos al mismo mundo. Nunca he coincidido con él en sus fiestas.

—¿Sabes si tiene relaciones con alguna de sus estrellas?

Stella se pasó la mano por la frente y se arregló los cabellos.

—Syl no acostumbra a serle muy fiel a su mujer.

—¿Alguien en particular?

—En el Estudio se dice que comparte la intimidad de la estrella de turno.

—¿En esta ocasión...?

—Ya la viste: Maty Emerson. Aunque soy mujer debo reconocer

sus cualidades.

Bruce se incorporó y paseó por el *living* con las manos en los bolsillos.

—Esta mañana vieron a Lennart por última vez a las ocho y media. Salía de su oficina, con un maletín negro en el que se supone llevaba el millón. Le vieron subir al coche de Maty Emerson, que le aguardaba.

—¿Ella cómplice en algo tan turbio? No puedo creerlo... Un millón es mucho dinero, pero... cambiarlo por un porvenir en el cine...

—Ahora necesito tu ayuda, Stella. Tienes que regresar y averiguar todo lo que se hable del asunto en las oficinas y en el Estudio. La gente se franquea más con un amigo que con la policía.

—Quieres que haga de confidente, ¿eh?

—Sí.

Stella se incorporó y señaló el dormitorio.

—Tardaré diez minutos en vestirme, Bruce. ¿Puedes esperarme?

—No es preciso que te des demasiada prisa. La noticia no se ha hecho pública todavía. Mientras, haré un par de averiguaciones. A propósito, ¿qué relación hay entre Rolf Avedon y Lennart?

—Se odian. Avedon hace lo imposible por echar a Syl. Ambiciona su puesto, eso no es un secreto para nadie. Ocurre solamente que Bárbara no se fía de él. Estoy segura de que habrá recibido con alborozo la noticia del robo. Me pregunto cómo se las ingeniará para ganarse la confianza de Bárbara...

Bruce se dirigió a la puerta y recobró su sombrero.

—Nos veremos, Stella.

Cruzó la playa, tan apacible a aquellas horas, e hizo caso omiso de las curiosas miradas de un grupo de bañistas que jugaban con un balón rojo, como pretexto para mostrar sus hermosas figuras. Cuando se situó tras el volante, maldijo su destino que le impedía disfrutar de tantos placeres de la vida, inasequibles para su sueldo de teniente. Luego, hizo girar el volante con rabia y volvió a la carretera general, incorporándose al tráfico.

CAPÍTULO V

Había estado aguardando en la Central de la compañía de taxis a que llegara el vehículo que Rolf Avedon tomara aquella mañana a las puertas de las oficinas de la productora. Durante la hora larga se fumó varios cigarrillos, cuyas colillas estaban esparcidas en torno a la zona donde había aparcado su descapotable.

Al fin vio aparecer el taxi, como le indicara el gerente, y salió de su coche para ir al encuentro del chofer. En aquel instante, el gerente salía de su oficina haciéndole señas de que aquél era el vehículo que aguardaba.

Bruce hizo un gesto de asentimiento y detuvo al conductor al tiempo que le mostraba su placa.

—Policía.

El taxista metió un dedo bajo su gorra y clavó la uña entre la pelambrera, rascándose con ruido.

—¿Qué reglamento violé esta vez?

Ninguno, que yo sepa. Estoy aquí para pedirle su colaboración.

—Por mí voluntad no tendrá ninguna: esta semana me han denunciado tres veces injustificadamente, ¿se entera? Pero he tenido que tragarme las papeletas, y ahora uno de ustedes me pide que le ayude.

—Yo no soy de tráfico, sino de Homicidios. Y quiero hacerle unas preguntas sobre un viajero que tomó esta mañana. Puede negarse a responder, pero si lo hace lo llevaré a Comisaría. De usted depende.

El chofer se atragantó.

—¿Qué quiere saber?

—¿Se acuerda de un tipo alto, delgado, cetrino, de cuerpo esquelético que recogió frente al edificio de Lennart Productions?

—Sí; lo recuerdo muy bien.

—¿A dónde lo llevó?

—Lo miraré en mi registro —sacó un cuaderno del bolsillo y repasó una columna donde anotaba la hora, la dirección donde tomaba al viajero, el punto de destino y el precio de la carrera—. Lo llevé a Beverly Hills —dijo, una vez que su índice se hubo detenido en una línea—. Exactamente al número 1220 de Sunset Boulevard.

—¿Lo esperó?

—No; me pagó y me marché.

—¿Quién reside en esa dirección?

—Lo ignoro; gente del cine, imagino.

—¿Hablaron durante el trayecto? ¿Dijo él algo que permita saber sus próximos movimientos?

—No; parecía preocupado. No despegó los labios ni una sola vez, excepto para decirme la dirección. ¿Quién es? ¿Algún delincuente?

—La policía hace preguntas, pero no da respuestas.

Si necesito de usted volveré a llamarle.

Volvió a su coche y emprendió el regreso al Departamento, adonde llegó cuando ya era la hora del almuerzo. Preguntó por Mike, pero le dijeron que estaba en la cafetería próxima y que le aguardaba allí. Bruce se situó tras su escritorio y llamó por teléfono a Bárbara Lennart. Cuando ella supo de quién se trataba, preguntó, ansiosa:

—¿Ya lo ha encontrado, teniente?

—Precisamente le llamaba para averiguar si usted había sabido algo de su esposo, Bárbara estalló al otro lado del hilo.

—¿Qué clase de policía tenemos? —gritó—. Es usted quien tiene que buscar a mí marido y recuperar mi dinero, no yo... ¡Para eso pagamos nuestros impuestos...!

—Escúcheme, señora Lennart —deletreó serenamente Bruce—. Todo el oro del mundo no bastaría para que yo decidiera estar a su servicio... He pedido su colaboración. Eso no le da derecho a mostrarse grosera conmigo. Por lo que respecta a este problema, me basto para encontrar a su marido y para descubrir toda la suciedad que ustedes puedan esconder.

Fue una parrafada dura, lo comprendió antes de haberla terminado, pero estaba cansado y le había irritado el tono

autoritario de la millonaria. Ésta, por su parte, debió comprender la razón que asistía al teniente, por cuanto cambió de tono.

—Lo... siento, discúlpeme. Estoy nerviosa. Este asunto tan enojoso... No; no he tenido noticias de Syl.

—¿Ha sabido algo más respecto a esos anónimos?

—No.

—¿Y el motivo por el que trataban de hacerle chantaje a su marido?

—¿Cómo voy a saberlo? Ya le dije anoche...

—Bien, gracias, señora Lennart. Si tiene conocimiento de algo nuevo no vacile en llamarme. A propósito, ¿su marido tiene amistades... femeninas?

—¡No desciendo a esos detalles, teniente! —Su voz era otra vez aguda y despótica. Su orgullo era el principal defecto.

—Comprendo que mis preguntas la molestan, pero necesito conocer todos los datos. ¿Tiene su marido devaneos amorosos?

—Nunca he querido...

—Aunque su dignidad padezca, debe responder, señora Lennart.

—Pues... sssííí...

—¿Conoce nombres?

—En el Estudio hay demasiadas mujerzuelas que se venden por un puñado de dólares en un contrato, por unos dólares que son *míos*...

—¿Le dice algo el nombre de Maty Emerson?

Tardó tanto en responder que Bruce creyó había sido cortada la comunicación, pero luego oyó algo parecido a un sollozo ahogado.

—Ella es... —Luchaba por sobreponerse—. La estrella de la actual película. ¡No sé nada más!

Colgó, esta vez de un modo definitivo. Bruce devolvió el auricular a la horquilla y se Incorporó para salir en busca de Mike, pero antes volvió a marcar otro número, esta vez el de las oficinas de la productora. Sus preguntas se resolvieron en una única respuesta: no; nadie había visto a Syl Lennart desde primeras horas de la mañana.

Definitivamente necesitaba cambiar información con su ayudante. Salió del Departamento y entró en la cafetería situada en la misma esquina. Desde la puerta vio a Mike que le hacía señas. Bruce pasó antes por el mostrador, donde cogió el servicio en una

bandeja y por la batería de platos calientes ya elaborados en espera de los clientes.

Se sirvió un estofado y un zumo de fruta, y se sentó frente a Mike.

—Traes mal genio. ¿Algo malo?

—No me gusta dar palos de ciego, y este asunto empezó mal y continúa peor.

—Te escucho, Bruce.

El teniente atacó el estofado con igual furia que si se tratara de su peor enemigo. Tenedor y cuchillo causaban estragos en el plato. Mike le conocía bien y sabía que necesitaba tiempo para ordenar sus ideas.

—Ese cochino Lennart... Los anónimos y tal... —Gruñó con la boca llena—. ¿Sabes lo que ha hecho? Se llevó esta mañana un millón del Banco, en billetes pequeños. Su mujer está que muere, con razón.

Mike silbó.

—¡Vaya noticia! No sabía nada. En el Departamento lo ignoran.

—Claro, todavía no se ha dado carácter oficial a la investigación. La señora Lennart quiere su dinero rápidamente, sin escándalos, y Stella pretendía que yo arreglara el problema de Lennart confidencialmente. Pero, según están las cosas, no puedo continuar: los robos no son de nuestra competencia. Hablaré con el jefe y que él pase el paquete a quien sea.

—Una buena idea. Lástima, porque valía la pena vigilar a Maty Emerson. Se pasó la mañana en la piscina, tostándose en completa soledad, tú sabes cómo.

—A propósito, ¿qué haces aquí? Te dije que la vigilaras.

—Y eso hice, pero en cuanto ella dio por concluido el baño pasé el trabajo a uno de los detectives y vine hacia acá, por si querías mi informe —respondió con vivacidad, guiñándole un ojo.

—¿Tuvo visitas?

—Una sola.

—¿Lennart?

—No; si no está dentro, desde luego no fue a verla.

—¿Quién entró en la casa?

—Un tipo alto y seco. Le seguí a la salida, por eso dejé a un detective allá. Fui tras él a las oficinas de Lennart Productions,

donde entró. Averigüé su nombre y resulta que es una personalidad: Rolf Avedon, el administrador de la Compañía.

Bruce estuvo a punto de ahogarse con un trozo de carne.

—¿Avedon? —masculló, purpúreo el semblante.

—Sí; ¿ocurre algo?

—Yo iba siguiéndole cuando se me escabulló. Por fortuna localicé el taxi que empleó y gracias al chofer sé que lo llevó al 1220 de Sunset Boulevard. Averigua quién vive allá. Me están interesando mucho los movimientos de Avedon.

—No necesito averiguar ese dato, Bruce —dijo Mike, juntando migas de pan sobre el mantel—. El 1220 de Sunset Boulevard corresponde a la casa de Maty Emerson.

—¡Vaya con Rolf Avedon...! —susurró el teniente, bebiendo un sorbo del jugo de frutas—. Nada más interrogarle respecto a Lennart salió de estampía para visitar a esa estrella, precisamente la mujer con quien se vio a Lennart por última vez.

Mike Chaffer sacudió la cabeza.

—No juegas limpio conmigo, Bruce. No me lo has contado todo.

—Para que lo sepas, cuando Syl Lennart salió de su oficina esta mañana, con el maletín que se supone contenía el millón, le aguardaba en la esquina la propia Maty Emerson manejando su inconfundible coche de carreras. ¿Puedes atar todos esos cabos sueltos?

Se incorporó y caminó hacia la puerta. Mike trotó a la zaga.

Una vez en la calle, Bruce siguió con sus reflexiones en voz alta.

—Ahora tratemos de unir estos datos: Lennart y Maty Emerson parecen amigos y cómplices; Maty y Rolf Avedon tienen al menos alguna relación de amistad, puesto que él la visita en su casa; pero Rolf Avedon es un enemigo declarado de Lennart. ¿Es posible conciliar todos estos extremos?

—De momento, no.

—Habrá que hacerlo, sin embargo.

—¿No decías que ibas a pasar el caso al Departamento correspondiente?

—Y lo haré, luego que haya hablado con Maty Emerson.

—Estupendo. Te acompañaré.

—No; utilizarás un taxi y te apostarás en los alrededores. No quiero que nadie se escape de la casa, cuando yo esté dentro. Iré

solo, bien visible, para que nadie desconfíe.

Fuera, montarás una buena vigilancia.

—No me gusta cazar apostado: prefiero entrar en la madriguera.

—Sobre todo cuántio en su interior se encuentra Maty Emerson, ¿eh? Eres demasiado débil frente a las mujeres, Mike. Estoy obligado a protegerte.

Le dio un manotazo en la espalda que estuvo a punto de incrustarlo en la pared. Mike rezongó algo sobre los jefes, pero tuvo especial cuidado en que sus palabras resultaran ininteligibles.

Una vez en el despacho del teniente, informó:

—Busqué las huellas del anónimo: sólo había tres clases distintas, y sus propietarios son Syl Lennart, Stella y tú. ¿Te ayuda eso algo? —bromeó.

—¡Vete al infierno!

CAPÍTULO VI

No era fácil mostrarse duro, impersonal y receloso con Maty Emerson. La biología traicionaba. Todas las células del cuerpo de Bruce Davidson se disolvían bajo la mirada de los negros ojos que adoraba medio mundo. Tenía, sin embargo, que cumplir una misión, y estaba decidido a llevarla a cabo.

Maty le sonrió de nuevo y Bruce notó el aire de sus pestañas al parpadear.

—Estoy a su disposición, señor Davidson.

Estaban en un *living* fastuoso, todo él cubierto con una alfombra que debió costar una fortuna. Una de las paredes estaba formada por un ventanal de no menos de veinte metros cuadrados, de una sola pieza. En el muro opuesto, un sofá de diez plazas ocupaba todo el espacio. En el centro una mesa redonda que no levantaba un palmo del suelo, y como complemento al mínimo mobiliario una serie de almohadones de diversos colores, repartidos aquí y allá por, la alfombra.

Maty se dejó caer en uno de ellos, junto a la mesa.

Para aquella maniobra tenía que contorsionar su cuerpo, deslizar su falda por encima de las rodillas más hermosas del mundo y no preocuparse de la profunda «v» de su escote. Maty cumplió bien el rito y Bruce tuvo que ocupar un lugar próximo, sobre otro almohadón que le obligaba a cruzar las piernas a estilo oriental.

—Soy de la policía —advirtió él.

Maty le miró arrobada.

—No lo diga con voz truculenta: parece usted muy correcto y amable.

Una doncella apareció sin que nadie la hubiera llamado portando un servicio de té que dejó sobre la mesa, entre ambos.

Silenciosamente desapareció, sin distraerles.

—Son las cinco —observó la estrella—. La hora del té. No soy inglesa —rió—, pero el té contribuye a mí silueta. ¿No cree que debo seguirle siendo fiel?

—Por supuesto, a la vista de los resultados...

—Vaya, además es galante.

Sirvió ella la infusión con graciosos ademanes.

—¿Cuál es el motivo de su visita? ¿Limón?

—Unas gotas, sí. ¿Conoce a Syl Lennart?

—Usted sabe que es mi productor.

—Oh, claro. ¿Dónde está ahora?

—No aquí. Por lo demás, lo ignoro. ¿Por qué ha venido a preguntármelo?

Bruce estaba incómodo. El calor, la postura, el té y, sobre todo, la proximidad incitante de Maty contribuían a restarle su aplomo habitual. Se incorporó bruscamente ante la sorpresa de la estrella. Con las manos en los bolsillos, dominándola desde su altura, soltó:

—Esta mañana usted fue a buscarlo a su oficina. Bajó él con un maletín negro y entró en el coche de usted, uno azul deportivo, en el que le aguardaba. Luego desaparecieron. ¿A dónde fueron? Es muy importante que me diga la verdad... ahora. Más tarde podría ser enojoso para usted.

La estrella se puso en pie. Ya no era seductora sino autoritaria, violenta.

—¿Qué trata de insinuar?

—Estoy haciéndole una pregunta que no ha respondido.

—¡No sé de qué me habla!

—¿La niega? ¿Afirma que no estuvo hoy en el aparcamiento de Lennart Productions, que no subió Syl Lennart a su coche y que no lo llevó consigo?

—¡Claro que niego que todo eso haya ocurrido! Y ahora, márchese.

—He venido para obtener una información y no me iré sin lograrla. Tengo un testigo que afirma la vio a usted en el lugar que acabo de indicar.

—No es cierto.

—Ese testigo vio su coche y a usted. No puede equivocarse porque está habituado a verla por lo menos una vez: por semana.

—Vería mi coche, pero no a mí.

—¿Por qué hace esa distinción?

—Hay una razón, teniente: esta mañana advertí que me lo habían robado.

—Vaya, qué casualidad.

—¡No es casualidad, teniente! —gritó Maty Emerson—. Y no me gustan sus insinuaciones. Si duda de mí palabra puede averiguarlo fácilmente. Denuncié el robo a media mañana de hoy.

Bruce miró críticamente a la estrella. Había perdido su aire insinuante y se estrujaba las manos nerviosa mente.

—¿Puedo utilizar su teléfono?

—Hágalo.

El policía llamó al Departamento correspondiente y, tras identificarse, obtuvo la información deseada. Maty Emerson había denunciado, efectivamente, el robo de un «M. G.», deportivo, color azul, dos plazas, último modelo.

—¿Se ha convencido? —preguntó, burlonamente.

—Es muy fácil usar un vehículo, abandonarlo en cualquier carretera y luego denunciarlo a la policía —respondió, ácidamente.

—¿A dónde quiere ir a parar? ¿Por qué me acusa sin pruebas? —Se enfureció la estrella—. ¡Está abusando de su placa, teniente! ¡No tengo por qué soportar sus acusaciones infundadas! ¡Llamaré a mí abogado ahora mismo y, en lo sucesivo, sí quiere hacerme alguna pregunta tendrá que estar presente mi abogado! La Ley me da este derecho.

Fue al teléfono y marcó un número con tanta cólera que se equivocó un par de veces antes de que pudiera establecer comunicación.

Cuando dejó el auricular en la horquilla, se volvió triunfante hacia el policía:

—Sólo le daré mi nombre y domicilio como respuesta a cada una de sus preguntas.

Bruce sonrió, aceptando deportivamente los hechos.

—De acuerdo, Maty. Pero no deja de ser extraño que su curiosidad femenina no le haya hecho preguntar por qué me intereso por Syl Lennart. ¿O acaso es que sabe de qué se le acusa? Por supuesto, debe de ser ésta la razón, si usted le aguardaba a la puerta de la oficina...

Dio media vuelta y dejó a su espalda a una Maty Emerson que había perdido su sex-appeal, víctima de un ataque de nervios.

En su coche dio la vuelta al chalet y se detuvo en un lugar que quedaba fuera del alcance de visión desde el interior de la casa de la estrella. Un minuto después se le reunía Mike.

—Nada anormal hasta ahora —anunció—. Tengo a tres hombres vigilando.

—¿Ocurrió algo durante tu ausencia?

El detective mostró la máquina fotográfica que llevaba en la mano.

—Hubo una sola visita. No pudo ser identificada, pero mi agente la fotografió con un teleobjetivo. Ahora revelaremos la foto y veremos si alguien puede darnos su filiación.

Era un hombre.

—Bien; esa foto me urge. Sube.

En su coche regresaron al Departamento. Mike se dirigió al Laboratorio mientras Bruce ponía el caso en conocimiento de su jefe.

Éste escuchó en silencio el informe, y cuando hubo terminado ordenó:

—Olvídese de todo, Bruce. El Departamento de Homicidios no se ocupa de robos. Escriba el informe y llame a la señora Lennart para que haga la denuncia de un modo oficial. Luego pásemelo todo para enviarlo al Departamento correspondiente. Y otra vez no interfiera la competencia de otras secciones.

—Sí, señor.

El jefe apretó los labios antes de continuar:

—Es usted un veterano en el Departamento, Bruce. Ya debe saber que de puertas adentro es preciso olvidarse uno de sus amistades. Nunca debió acceder a la petición de... su amiga. Esto puede crear un conflicto. Bueno, y ahora vaya a hacer lo que le he dicho.

Cuando regresó a su despacho estaba furioso por la reprimenda recibida. Pero no podía culpar a su jefe. Sabía que le asistía toda la razón.

Metió un papel en la máquina y durante un cuarto de hora tecleó ferozmente, descargando su cólera en las sufridas teclas, redactando el informe solicitado. Cuando concluía su tarea entró

Mike Chaffer con una fotografía en la mano.

—¡Ya la tenemos, Bruce!

—Bueno, olvídale todo.

Firmó el informe y ni siquiera se dignó echar una ojeada a la foto que le llevaba su ayudante.

—¿Qué te ocurre, teniente? Es una buena noticia lo que te traigo: he identificado al visitante de Maty Emerson.

—Eso ya no interesa ahora. Hablé con el jefe y me puso las orejas coloradas. El caso ha pasado al Departamento correspondiente. Dame un sobre grande: meteremos en él mi informe y esa foto. Ah, llama a la señora Lennart y dile que venga inmediatamente para hacer la denuncia.

Mike sopló, desilusionado. Tiró la foto sobre el escritorio e hizo lo que Bruce le ordenaba.

La rutina diaria tenía momentos desagradables como aquél.

CAPÍTULO VII

El ordenanza que le entró la taza de café anunció:

—Ahí fuera hay una dama que pregunta por usted, teniente — puso los ojos en blanco y se permitió modelar un cuerpo femenino en el aire—. ¡Y qué dama, teniente!

—¿Cómo se llama y qué es lo que quiere?

El subalterno parpadeó repetidas veces, alelado todavía por la impresión recibida.

—¿Su nombre? Oh, pues... no se me ocurrió.

Bruce estuvo a punto de soltarle una de sus cáusticas andanadas, pero se limitó a gruñir amenazadoramente y enviarle a que averiguara aquellos extremos.

No fue posible porque al abrir la puerta el ordenanza Bruce vio desde su mesa a Maty Emerson en el pasillo, en pie, aguardando, y ella le vio a su vez, por lo que entró sin más preámbulos.

—Teniente Davidson... —Rodeó ella la mesa y tendió una de sus manos al asombrado Bruce, que la aceptó mecánicamente—. ¿Va a perdonarme por mí comportamiento de esta tarde? Estoy desolada.

Bruce se incorporó y condujo a Maty a un sillón de cuero. La estrella se apoyó en él y el teniente pudo percibir el inconfundible aroma del *whisky*.

Ella se dejó caer en el sillón y mostró sus piernas con largueza.

—¿Habló con su abogado? —preguntó el policía.

—Oh, sí. Todos los abogados dicen siempre lo mismo: no responda a preguntas, no hable, no se comprometa... Pero yo estaba preocupada, teniente. Me puse a pensar y...

—¿Se encuentra bien?

Ella se inclinó hacia él y le acarició una mano. El vestido de tarde en seda salvaje color lila, con sólo dos cintas por hombros, se

ahuecaba peligrosamente en el escote. La estola de visón se deslizó hacia atrás y Maty adelantó su rostro, en cuyos labios había una mueca caprichosa.

—¿Me pregunta si he bebido? Sí; tomé unas copas, pero... No estoy borracha. Sólo un poco alegre. Lo necesitaba, teniente. Mi vida no es fácil ni divertida. Dicen que soy una estrella, cobro como tal y mi nombre aparece siempre con letras del mayor tamaño, pero... estoy sola, teniente. ¿Sabe usted lo que es eso?

—Lo imagino. Sé cómo se siente uno.

Ella arqueó las altas cejas.

—¿No está casado?

—No.

—¿Ni enamorado?

—No.

—Pero tendrá amiguitas...

—Tampoco.

Maty se recostó en el sillón y entrelazó los dedos.

—¿Por qué no lo llevan a un museo, teniente? Usted debe ser eso que llaman un hombre de buenas costumbres. Nunca conocí a ninguno. La verdad, pensaba que la especie se había extinguido.

—¿A qué ha venido, Maty?

Ella desvió la mirada y mostró una cierta inquietud.

—He pensado en lo que hablamos... Me puse nerviosa sin motivo... ¿Por qué se interesa por Syl?

—¿De verdad no lo sabe?

—No me hubiera molestado en atravesar Los Ángeles con este tráfico sólo para oírle decir algo que ya sabía.

—Me interesaba saber el paradero de Lennart.

—¿Y ahora ya no?

—Así es.

—¿Por qué? ¿Lo han encontrado?

—Lo ignoro. El asunto ya no está en mis manos.

Maty guardó silencio unos instantes. Luego buscó en un pequeño bolso de noche, pero no debió encontrar lo que buscaba, porque lo cerró y levantó los ojos hacia el policía.

—Deme un cigarrillo, por favor.

Bruce se lo ofreció y ella lo tomó con dedos temblorosos. Al acercarse para que él le encendiese el cigarrillo, sus rostros

quedaron muy próximos. Maty retiró el pitillo de sus labios y curvó éstos tentadoramente, pero Bruce retrocedió con viveza.

—No ha respondido a mí pregunta, teniente.

—Ni usted a la mía. Le pedí que me dijera a dónde había ido esta mañana con su productor.

—¡Pero ya sabe que yo no le esperaba frente a las oficinas! ¡Esta mañana no salí de casa! Sería otra mujer que me robó el coche. Por cierto, ya lo han encontrado.

—¿Dónde?

—En Ventura Freeway, al otro lado de los montes de Santa Mónica, cerca de los límites del condado de Ventura con el de Los Ángeles.

—¿Quién lo encontró?

—Un coche-patrulla. Me lo llevaron a casa y en él he venido hasta aquí.

Maty se recostó otra vez y cruzó las piernas. Lo que la falda permitía contemplar era mucho más excitante que el conjunto de su cuerpo en cualquiera de sus películas. Quizá porque Maty no era una ficción a su lado.

—¿Qué hay entre Syl y usted? —preguntó Bruce, de pronto.

La estrella lanzó una bocanada de humo.

—Usted no ignora la existencia de un romance.

—¿Duradero?

—Somos adultos y equilibrados: eso facilita el acuerdo.

El teniente se incorporó y dio un paseo por el despacho, poniendo orden en sus ideas.

Luego se plantó ante ella, con las manos en los bolsillos y rígidos los músculos de su rostro.

—Maty, usted ha venido a sonsacarme —espetó con acritud—. Cuando se trata con la policía, ése es un juego peligroso. ¿Por qué no prescindes de su aire seductor y hablamos como personas normales... si es que verdaderamente quiere colaborar?

La estrella aplastó cuidadosamente el cigarrillo en el cenicero más próximo y luego se puso en pie. En sus ojos brillaba el mismo fuego que había visto Bruce aquella misma tarde.

—¡Es usted odioso!

Se dirigió a la puerta, pero antes de que llegara a tocar el pomo. Bruce advirtió:

—Le prohíbo que salga, Maty. Todavía no ha terminado el interrogatorio.

Se volvió ella, como si hubiera oído el silbido de una serpiente a su espalda.

—¡Usted no puede retenerme contra mi voluntad! ¡Quiero ver a mí abogado!

El teniente se acercó a ella y la miró recto a los ojos. La euforia del *whisky* había pasado y ahora se sentía cansada y, sobre todo, asustada por el paso que había dado. Davidson lo comprendió y, persuasivo, le dijo:

—Quiero ser su amigo, Maty, pero si me pone dificultades la encerraré en un calabozo y la tendré incomunicada: puedo hallar una docena de motivos.

Ella cogió del brazo y suavemente la llevó hasta una silla de respaldo recto, situada ante el escritorio. Bruce se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa, y la miró a los ojos.

—Cuéntemelo todo otra vez. Desde el principio. Usted y Lennart mantienen relaciones amorosas, ¿no es cierto?

—Algo de eso ha habido. Pero Syl no es hombre que sepa guardar fidelidad.

—¿Cuándo se vieron por última vez?

—Ayer, durante el rodaje.

—¿Y después? ¿No salieron juntos?

Bruce le ofreció otro cigarrillo que ella fumó con ansiedad.

—Salimos a almorzar.

—¿A dónde fueron luego?

—Syl se marchó; dijo que tenía un compromiso.

—¿De qué hablaron durante el almuerzo?

—De la película y de mi actuación en ella, Le pregunté por su mujer y me dijo que la odiaba, que su matrimonio no le había dado lo que él buscó en él.

—¿A qué se refería?

—Al dinero. Syl contrajo matrimonio con ella sólo por eso. No es posible amar a Bárbara, ni nadie se puede equivocar respecto a ella. Su carácter ha ahuyentado siempre a los hombres y ella lo sabe. Pero no quería quedarse soltera y compró un marido. Syl, sin dinero, tuvo que claudicar y aceptó. Creyó que ella le permitiría, a cambio, recortar su fortuna, pero Bárbara está dominada por la

avaricia y además desprecia a Syl porque sabe lo que le llevó a aceptarla por esposa. Lo desprecia y lo odia. Y no está dispuesta a consentirle ningún devaneo, aunque... él sabe burlarla. Aquél era un cuadro por desgracia normal en Hollywood.

—¿Todas esas confidencias se las hacía Lennart?

—Sí.

—Eso hace suponer que había un grado de intimidad más acusado de lo que ha dejado entrever.

—Imagine lo que guste, teniente. Y ahora...

Pero Bruce lo retuvo todavía.

—Desde ayer, después del almuerzo, no ha vuelto a verle.

—No.

—Y esta mañana no fue a esperarle a su oficina.

—¡Se lo he repetido un millón de veces!

—Ni sabe dónde está.

—¡No!

Se puso en pie, violenta.

—Y ahora, ¿quiere decirme por qué le buscan? ¿A qué se debe que la policía está hurgando en su intimidad?

—Muy sencillo, Maty. Sólo porque ha robado un millón de dólares. Un millón robado a su propia mujer.

Maty abrió mucho los ojos, se llevó una mano a la boca, profirió una exclamación y salió corriendo del despacho del teniente Davidson.

CAPÍTULO VIII

El teniente Davison dejó el coche en el garaje y, lentamente, entró en el vestíbulo del edificio donde tenía su apartamento. Había trabajado hasta muy tarde en su oficina y estaba cansado. Se sentía aburrido también. Harto de su soledad, de su vida vacía de afectos, de la monotonía de un trabajo que no siempre era atractivo. Quizá pensaba en Stella, en el vacío que ella había dejado en su vida. Aunque había afirmado ante Anne Brenan, la compañera de cuarto de Stella, que el amor entre ambos había pasado, notaba que no era cierto, al menos por lo que a él hacía referencia. Verla de nuevo, tenerla tan próxima en su rotunda belleza actual, no le había hecho ningún bien.

Introdujo la llave en la cerradura y entró, todavía a oscuras. Antes de alcanzar el interruptor notó un perfume, *su* perfume, y sufrió un sobresalto.

Encendió.

Stella se encontraba apelotonada en el sofá, dormida, encogidas las piernas y cruzados los brazos sobre su pecho.

Cerró cuidadosamente y se acercó a ella, pisando sobre la alfombra. La respiración femenina era tranquila y rítmica. El busto se alzaba regularmente y sus largas pestañas sombreaban las mejillas. El cabello se había desparramado sobre sus hombros y sobre el tapizado, con un abandono muy seductor.

Se inclinó sobre ella y la besó suavemente en la frente. Stella abrió los ojos y se sorprendió.

—Oh, debí dormirme.

—¿Qué haces aquí?

Bajó ella los pies al suelo y se frotó los desnudos brazos que le habían quedado fríos.

—Te esperé y el cansancio me rindió.

—Te pregunto cómo has entrado.

—¿No recuerdas? Tenía una llave. La conservaba todavía, Bruce.

Davidson retrocedió unos pasos y se dirigió al armario bar para preparar alguna bebida.

No tenía deseos de tomar, pero necesitaba pensar.

—Stella —sin volverse, poniendo hielo en los vasos, preguntó—: ¿Por qué has venido?

—Tenía que decirte algo.

—¿El qué?

—Me interrogas como si fuera uno de tus detenidos.

—Perdona. Debe ser la costumbre. Es que... no te esperaba.

—¿Vas a recibir alguna visita?

—Oh, no. No es eso. No debiste haber venido. Quedamos en que... había terminado aquel capítulo. Esto... lo hace más difícil.

Notó los pasos de ella a su espalda, luego los brazos femeninos abarcándole la cintura y su cuerpo pegado a su espalda. La voz de ella en un susurro en su hombro:

—Bárbara Lennart me ha echado del Estudio, y lo mismo ha hecho con Maty Emerson y con las chicas que Syl había contratado. Estoy sin trabajo y... creo que el cine es una mentira.

—¿Por qué os ha despedido? —Se volvió—. ¿Qué razones dio?

—Bueno, a ella no la vi. Rolf Avedon se encargó de comunicarme la noticia. Al parecer, la productora ha cambiado su plan de trabajo y debido a ello cancelan sus compromisos actuales.

—Entiendo. Así que Avedon ha ocupado el puesto de Lennart.

—Eso parece. Querido, dame un poco de tiempo y quizá olvide el cine y todo lo que él esperaba para convertirme, simplemente, en una mujer.

Bruce le dio uno de los vasos y cruzó el *living*.

—No, Stella. ¿A qué engañarnos? Un día volvería a repetirse la historia. Ambicionas Hollywood y yo no puedo acompañarte hasta allí.

Bebió ella, sonrió tristemente y asintió:

—Espérame, Bruce, por favor.

Luego recogió un ligero abrigo de seda y su bolso, y se dirigió a la puerta.

—No hace falta que me acompañes, querido. Tomaré un taxi.

Abrió la puerta y Bruce la miró salir, sin encontrar la palabra justa. No llegó a cerrar ella por completo y de nuevo volvió.

—Olvidé decirte algo. No creo que tenga importancia, pero es lo único que he averiguado: Syl y Maty Emerson solían entrevistarse en una cabaña que ella tiene en los montes de Santa Mónica, junto a Mandeville Canyon. ¿Habéis sabido algo de él?

—No; en realidad, no sé cómo va la investigación: los robos no son la especialidad de mí Departamento.

Stella le tendió la mano.

—De todas formas, gracias por todo, Bruce. No es culpa tuya si todo ha resultado mal.

El policía le estrechó la mano y luego la besó. Stella tenía los ojos llenos de lágrimas y se apartó bruscamente, corriendo hacia la salida. Aquella vez la puerta se cerró definitivamente y la muchacha no volvió.

Davidson se puso más *whisky* en el vaso y bebió largamente hasta que el líquido le abrasó. Luego se despojó de la chaqueta, que arrojó sobre un sillón y se sentó en otro, frente a la abierta ventana que le traía algo de la fresca brisa del océano.

Permaneció así durante un par de horas como mínimo. El sueño, a diferencia que en otras ocasiones, no llegaba, y se puso en pie. Asomado a la ventana contempló las luces de la gran ciudad, preguntándose qué podía hacer para disipar aquella lasitud que le dominaba. La imagen de Stella volvía una y otra vez, pero la rechazaba con igual resolución.

De pronto, se apartó de allí, se puso la chaqueta y abandonó su apartamento. Unos instantes después rodaba en su coche hacia los montes de Santa Mónica. Sabía que hacía algo que no le correspondía, pero nada le impedía despejarse la cabeza con el fresco aire nocturno a la par que echaba una ojeada por aquella cabaña. Si no estaban allí Syl Lennart nada habría perdido y si lo hallaba sus jefes no le amonestarían por haber seguido una corazonada durante sus horas libres.

No le costó encontrar la cabaña de Maty Emerson, ya que su nombre figuraba junto al buzón de la correspondencia. Parecía solitaria y vacía, pero subió al porche y empujó la puerta.

Estaba solamente entornada. Encendió la luz y desde el quicio le vio.

Allí estaba Syl Lennart. Pero muerto.

La muerte había llegado de una manera imprevista para Syl Lennart. No podía negarse que ésta le había sorprendido. Para ser más exactos, había sido tan súbita que el productor cinematográfico no había tenido tiempo de asustarse o de manifestar temor alguno.

Bruce Davidson, viéndole caído de bruces, sobre la alfombra de yute, al pie de un sillón forrado con una piel de ternero, pudo imaginar fácilmente lo ocurrido.

Lennart había estado sentado, contemplando sin duda la apagada chimenea rústica situada ante el confortable sillón mientras tomaba un refresco con *whisky*, que todavía permanecía en el alto vaso situado en la cercana mesita. Alguien se le había acercado por la espalda. Alguien en quien debía tener mucha confianza; tanta, que nada le hacía temer daño alguno por su parte. Esa persona, hombre o mujer, se detuvo tras él, le aplicó el cañón de una pistola a la nuca y apretó el gatillo.

Un gesto bien simple.

Bruce fijó la mirada por unos instantes en el pequeño agujero del cuello del que había brotado muy poca sangre. La bala debía hallarse dentro. El forense se la facilitaría unas horas después, y el Departamento de Balística trabajaría sobre ella hasta averiguar calibre, marca y modelo de la pistola usada. Los detectives de Homicidios se encargarían, después de eso, de hallarla. Una vez identificada, el asesino estaría próximo.

Bien; aquél era su oficio. El cansancio y la momentánea depresión habían pasado a la vista del cadáver de Syl Lennart. Sus problemas personales quedaban relegados al olvido y ya no volverían a turbarle por lo menos hasta que concluyera el caso.

Cruzó el cómodo *living* de la cabaña de Maty Emerson y se detuvo en el rincón opuesto. La cabaña disponía de teléfono. Llevarlo hasta allí habría costado una fortuna, pero Maty Emerson podía permitirse aquellos lujos.

Sirviéndose de un pañuelo para no borrar posibles huellas levantó el auricular y marcó el número del Departamento de Homicidios para pedir ayuda.

El jefe echó una última ojeada a la cabaña y salió, seguido por el teniente Davidson.

—Ahora sí —gruñó—. Ahora ya le pertenece este caso, Davidson. He dado orden de que le devuelvan el expediente. Veamos si ahora se toma tanto interés como antes.

Subió al coche oficial que le aguardaba, sin mediar otro saludo, y desapareció. Bruce volvió al interior, donde el forense verificaba sus primeras comprobaciones y los especialistas del Departamento tomaban los datos oficiales. Los de huellas habían llenado de polvos todas las superficies pulidas en busca de impresiones digitales, mientras el fotógrafo hacía centellear sus bombillas de magnesio. En el porche dos camilleros aguardaban la orden para llevarse el cadáver al depósito.

Mike Chaffer, que dirigía la pesquisa de pistas, se le acercó.

—¿Cómo estaba el humor del jefe hoy?

—¿Has conocido algún tigre con dolor de muelas que no de zarpazos a diestro y siniestro?

—Bueno, es habitual en él. ¿Nos ha encargado del caso?

—Sí.

—No deja de ser una ventaja que conozcamos los antecedentes. ¿Has visto lo que hemos encontrado en el dormitorio?

Le precedió y Bruce fue tras su ayudante. Sobre la colcha de la intacta cama se hallaba un maletín negro y un billete de veinte dólares.

—El maletín, abierto y vacío, lo tiraron debajo de la cama. Al trasladar los billetes de recipiente debió caérsele al asesino uno de veinte dólares debajo de la cómoda. Creo que no hay duda respecto al motivo del crimen.

Bruce se rascó la barbilla.

—Eso parece, y también podemos sacar una conclusión: el asesino era de toda confianza para Lennart. Estaban los dos aquí, charlando probablemente, cuando Lennart fue asesinado sin mediar discusión alguna. El asesino obró con absoluta premeditación. El móvil, fue el robo. Y Lennart contaba con un cómplice, con alguien a quien pensaba llevarse consigo, si no deduzco mal por lo que sabemos.

—¿Maty Emerson?

—Pensaba en ella. Lennart robó el millón: él sabía que su mujer no iba a perdonárselo y que lo denunciaría. Tenía, por tanto, que huir. Marcharse lejos, a otro país. ¿No habéis encontrado en sus

bolsillos pasajes para ningún avión?

—No. Pero podía haberse encargado ella de sacarlos, cosa que no habrá hecho, si proyectaba asesinarle.

—Cierto. Maty fue a buscar a Lennart a la oficina y lo trajo hasta aquí en su coche. Lo mató, se llevó el dinero, y regresó a su casa de Beverly Hills, donde yo la vi por la tarde.

—Según eso, Lennart tuvo que morir antes de las cuatro de la tarde.

El forense carraspeó en la puerta.

—He oído lo que hablaban, teniente, y debo rechazar esa versión. Este hombre ha muerto entre siete y nueve de la noche.

—¿Está seguro?

—Lo estaré después de la autopsia. Pero mi error, si lo hay, será muy escaso.

—Bueno, eso no cambia la cuestión. Maty pudo matarlo después de verla en su casa. ¿La vieron salir tus hombres, Mike?

—No sé; no me han dado su informe, pero me temo que no van a poder ayudarnos sus declaraciones, porque di orden de que dejaran la vigilancia, cuando este caso dejó de estar a nuestro cuidado.

—¡Maldita sea! De todas formas, averigua lo que puedas, Mike. Y llévame a Maty a mi oficina.

El detective salía, cuando Bruce le llamó otra vez.

—Mike, dijiste que habías identificado al que entró en la casa de Maty, antes de nuestra llegada. Uno de tus hombres le hizo una fotografía. ¿Quién es?

Su ayudante sonrió.

—Vaya, es cierto. Lo había olvidado momentáneamente. Se trata de Gerard Olson, el detective particular.

Bruce lanzó un corto silbido.

—¿Y qué podía hacer Olson rondando la vida de Maty en estas circunstancias? Búscalo y hazle que vaya a verme, Mike. Su charla nos resultará amena.

El detective salió definitivamente y Mike volvió al *living* donde los camilleros se ocupaban del cadáver de Lennart. Los de dactiloscopia fotografiaban huellas; uno de ellos acudió a rendirle su informe preliminar.

—La cabaña fue limpiada recientemente y no hay polvo, lo cual

quiere decir que con la bayeta se llevaron las huellas antiguas. Las que hemos encontrado, son, por tanto, recientes.

—¿Y...?

—Hasta ahora hay sólo dos juegos: uno masculino y otro femenino. Las primeras son de la víctima.

—Necesito la identidad de esa mujer que dejó por aquí sus impresiones digitales.

—Es de suponer que pertenecerán a la propietaria de la cabaña.

—Maty Emerson, sí. Realmente eso no va a constituir prueba alguna contra ella. ¿No hay otras huellas?

—Hemos encontrado grupos borrosos, inidentificables, especialmente en la puerta de entrada y en el interruptor de la luz. Ya sabe lo que ocurre en las zonas donde se posan muchas manos: se superponen unas impresiones y se borran otras con el roce.

—Está bien, pero me darían una alegría si encontraran algo más significativo.

Cuando regresó a su oficina del Departamento Mike le aguardaba.

—Maty ha desaparecido —empezó su ayudante—. La he buscado en todos los sitios lógicos y nadie sabe dónde puede encontrarse. Eso tiene todas las señales de una huida.

—Búscala.

—Eso están haciendo los muchachos. Hemos controlado todas las salidas de la ciudad y los vuelos intercontinentales. No podrá escapar.

—¿Qué hay de Gerard Olson, el detective?

—Salió de su oficina y no ha regresado.

—No es extraño, dado lo avanzado de la hora.

—Es que normalmente, cuando terminan la jornada cada uno de los miembros de su agencia, se presentan en ella o telefonan para rendir informe al funcionario de guardia. Olson lo lleva muy bien esto. Ni siquiera se excluye él de su obligación. Con ello sabe en todo momento cuál fue la última gestión de cada uno de sus detectives. Según me han informado en su oficina todavía no ha terminado su jornada de trabajo.

—¿Sabes su domicilio?

—Me lo dieron, sí, aquí está —respondió, ofreciéndole una hoja de su agenda.

—Le aguardaremos allí.

En su coche particular se trasladó al apartamento de Olson, acompañado por Mike. Cuando se detenían ante el alto edificio, Mike señaló con el dedo al coche situado inmediatamente delante, aparcado junto al bordillo.

—Creo que es el de Olson —dijo. Salió del vehículo, y revisó la matrícula, cotejándola con sus anotaciones en la agenda—. No hay duda, la matrícula que me dieron en su oficina coincide con ésta. Nuestro hombre está arriba.

Olson tardó en abrir cuando llamaron. Iba en mangas de camisa y se le veía cansado por una larga jornada. Se había desabrochado el cuello y aflojado la corbata, y su rubio cabello estaba en desorden.

—Caramba —saludó—. Acaban de informarme de mí oficina el interés que tenía la policía por mí, y acto seguido aparecen ustedes. ¿Algo malo, teniente?

—Según el punto de vista. ¿Podemos pasar, Olson?

—Oh, por supuesto. Tomen asiento. ¿Beben algo?

—Ya sabe que no.

—Lo olvidé, sí. Están de servicio. —Olson no parecía afectado lo más mínimo por la presencia del teniente—. ¿En qué puedo servirles?

—Sospecho que tiene usted una información que nos interesa, Olson.

—Vaya, nunca imaginé que la policía fuera a contratar mis servicios. Eso dice mucho en favor de la agencia Olson.

—Esto no es una broma, Olson —la mirada fría de Davidson apagó bastante la jovialidad del detective—. Por lo que sabemos está rondando muy de cerca un terreno que se ha hecho muy peligroso. Y usted nos va a decir qué le mueve a ello.

—Sin duda los intereses de algún cliente. Salvo eso, no hay otra cosa lo suficientemente importante en el mundo que me haga salir de mí pereza habitual.

—Estoy refiriéndome a Maty Emerson, la estrella de cine. Usted la ha visitado esta tarde. Le hicimos una fotografía cuando entró en su casa de Beverly Hills. ¿Por qué la visitó y qué es lo que investiga?

—¿Ha hecho ella algo malo?

—Por favor, debería saber que jamás respondemos en el curso de una investigación. Tenemos el privilegio de hacer todas las preguntas. Y ahora, ¿va a colaborar, Olson, o prefiere que le consideremos hostil?

La cosa iba en serio, pensó el detective.

—Yo siempre he colaborado con ustedes, teniente. Se lo diré todo.

—La ley le obliga de todas formas, o perdería la licencia. Adelante, Olson.

—¡Qué crudo es usted! No deja lugar para las galanterías. Bien. Vigilaba a Maty Emerson.

—¿La vigilaba?

—Más bien investigué en su pasado.

—¿Por qué?

—La historia es larga. No es que investigara directamente en ella, sino que llegué a ella al término de una investigación.

—Preferiría que no diera tantos rodeos, Olson. He renunciado a dormir hoy para llegar a un resultado apreciable antes de que amanezca, así que abrevie.

—Bien. Preferiría que no utilizaran mi testimonio públicamente o perderé prestigio y clientela. La gente piensa que un detective es una tumba, pero ante la ley debo ceder. Yo les informaré, pero... búsquense otros testigos.

—Adelante, Olson.

—Estuve trabajando en buscar antecedentes de Syl Lennart, el productor de...

—Lo conocemos. Continúe.

—Bien; me costó sudores hallar lo que buscaba. Pero al fin lo encontré.

—¿Qué era?

—Una anotación en el Registro Civil de Roanoke, en Virginia. Cierto que estaba a nombre de Lennart Sylman, pero pudimos comprobar que ambos eran una misma persona. Lennart había nacido allí y su verdadero nombre era el que figuraba en el Registro Civil. Cotejamos fotografías e incluso las huellas dactilares de su permiso de conducir. Al parecer salió de allí hace diez años y, una vez en Los Ángeles, cambió de nombre.

—Aún no nos ha dicho qué clase de inscripción había en el

Registro. ¿Un matrimonio?

—Acertó. Se casó allí con Sue Winslow, una chiquilla de dieciséis años que, por las fotografías de la época que hemos podido encontrar, era una criatura extraordinaria. El matrimonio duró poco: apenas un año. Después de eso cada cual fue por su lado. — Pero no hubo divorcio.

—No.

—Y Lennart volvió a casarse aquí, en Los Ángeles.

—Exacto.

—Y ahora va a decirme que Sue Winslow y Maty Emerson son una misma persona.

—Oiga, teniente, usted es demasiado sagaz para pertenecer a la policía.

—No se haga el gracioso, Olson. Sepa que Syl Lennart fue asesinado esta tarde en la cabaña de Maty, en los Montes de Santa Catalina.

La cara de asombro del detective parecía auténtica.

—¡Caramba! ¡Y yo que pensé que su interés era por otra causa...!

—¿Por el millón que Lennart había robado por la mañana?

—Sí. ¡Lennart muerto...! ¿Quién lo ha matado?

—Antes dígame el nombre de su Cliente, Olson, aunque lo adivino.

El detective se pasó la mano por el sudoroso rostro.

—Si divulga que he hablado tanto perderé mi prestigio, teniente. Compadézcase de un honrado colega.

—Vamos, hombre, usted no es mi colega ni, probablemente, tan honrado como pretende, Olson. Nos conocemos hace mucho tiempo. Suelte su información y déjese de comedias.

—Bárbara Lennart.

—Vaya, qué divertido triángulo. ¿Y cuándo le ha informado usted de todo el pasado de su marido?

—Esta tarde, después de mí visita al domicilio de Maty.

—¿Qué fue usted a hacer allí?

—Le previne de lo que iba a hacer. Nunca daño a la gente, si no es absolutamente preciso y, cuando lo hago, aviso antes para que puedan devolver o, por lo menos, parar el golpe. Es mi ética. Así que le dije a Maty todo lo que había averiguado y que tenía que

informarle a Bárbara Lennart.

—¿Le ofreció ella dinero por su silencio?

—¡Teniente! —El rostro de Olson estaba purpúreo—. ¿Insinúa que yo hago chantaje?

—No he dicho nada de eso, ni siquiera que lo intente. Le pregunté si ella quiso comprar su silencio.

—No; no lo hizo. Dijo que tarde o temprano se sabría, y que mejor era terminar de una vez.

—¿Qué explicación dio para su situación?

—Ninguna. Estaba altiva, molesta, tensa. Apenas quiso escucharme y me despachó rígidamente. Quizá, ahora que lo dice, debió pensar que yo trataba de hacerle chantaje.

—Es probable. Bien, Olson, si ha sido sincero no le crearé problemas, pero si me ha mentado...

—¡Sus dudas me ofenden, teniente! —protestó el detective.

Bruce salió del departamento, seguido por Mike. Una vez en el coche, su ayudante preguntó:

—¿Qué opinas?

—Que un montón de gente no ha jugado limpio conmigo.

CAPÍTULO IX

Bárbara Lennart, rígida, con las finas manos nerviosamente enlazadas ante sí, erguida dentro de su negligé blanca, parecía un ser irreal en la semipenumbra de la biblioteca. Bruce la contempló unos instantes antes de empezar. Había tenido que insistir mucho para ser recibido, y en aquel instante se veía que la hermosa millonaria iba a increparle por su visita a tales horas.

—¿Qué ocurre ahora, teniente? Su insistencia en que le recibiese a estas horas ha sido en verdad enojosa.

—Lo que me trae hasta aquí es muy importante.

—¿Ha encontrado a mí marido? ¿Dónde está el dinero?

Bruce apretó los labios, furioso. Aquella mujer sólo pensaba en sus malditos dólares, como si ellos pudieran resolver nada importante de la vida.

—He encontrado a su marido, sí. Muerto.

Bárbara Lennart no se movió. Ni siquiera parpadeó. No es que Bruce esperara verla caer, perdido el conocimiento, o que temiera una crisis de nervios, pero tampoco suponía que la noticia de la muerte de un ser humano no despertara la más mínima emoción.

—Bien, supongo que ha encontrado el fin que merecía.

—¿Es eso todo cuanto se le ocurre decir? Bonitos sentimientos para una esposa —tuvo que exclamar, irritado.

—He sido engañada y robada por quien merecía mi confianza. ¿Cree que puedo tener ningún sentimiento después de eso?

—Usted nunca confió en él. Y la prueba es que puso un detective para averiguar su pasado. ¿O va a negarlo?

Notó que la hermosa millonaria perdía su rigidez, descubriendo su secreto.

—Lo sabe...

—Sí; he averiguado muchas cosas al respecto, señora Lennart, y creo que ha llegado la hora de que hable claro por vez primera. Hace unas horas, cuando le pregunté si le decía algo el nombre de Maty Emerson me, respondió que era la estrella de la actual película y que no sabía nada más. Pero me estaba mintiendo, señora Lennart. ¿Se da cuenta de la responsabilidad en la que ha incurrido por ello?

—¿Va a obligarme a escuchar un sermón? —Se rebeló ella.

—Le ha hecho mucho daño su dinero, señora Lennart. Eso le ha hecho suponer que podía comprarlo todo: un marido, un negocio, una popularidad, unas vidas o... la policía. Pero hay muy pocas cosas que pueda comprar verdaderamente el dinero y, entre ellas, no está desde luego la respetabilidad ni el señorío.

Bárbara Lennart irguió la barbilla, tembló a causa de la indignación, y fue a decir algo, pero Bruce Davidson estaba lanzado y no era fácil contenerle en ese estado.

—Su marido ha muerto; ha sido asesinado. Usted conocía el estado civil de su marido antes de casarse con usted. Interceptó uno de los mensajes en que se le hacía chantaje y encargó a un detective particular que buceara en el pasado del hombre que le había dado su apellido. De esa forma averiguó que Maty Emerson era la primera mujer de Syl, y que éste era, en consecuencia, un bígamo. ¿Qué hizo usted por regularizar su situación?

Lo he sabido esta tarde.

—¿Por qué no me lo dijo cuando la interrogué?

—¿Cree que era fácil hacerlo? Ignoraba mi responsabilidad en el asunto. Sé que la bigamia es un delito. Y yo no era culpable en absoluto.

—¿No ha hecho nada por encontrar a su marido?

—¿Qué podía hacer más de lo que la misma policía llevaba a cabo? Si ustedes no le han encontrado más que muerto, ¿cómo podía verlo yo antes?

—Podía saber dónde se escondía.

—No; no lo sabía —se dejó caer en un sillón, rígidamente, y escondió el rostro entre las manos—. Syl fue un canalla: me engañó, se casó conmigo atraído por mí dinero sin importarle cometer bigamia y luego me robó. Creo que lo maldeciré mientras viva, y que pagaré el mejor abogado que pueda encontrar para defender a

su asesino.

—¡Señora Lennart! —tronó el teniente—. ¿Se da cuenta de lo que dice? Cualquiera diría que se alegra de la muerte de su marido.

Levantó ella el rostro crispado.

—Sólo lamento que esta alegría la produzca todo el dolor que me ha causado.

Bruce fue hasta la puerta seguido por la brillante mirada de la millonaria. Desde allí se volvió y la miró con firmeza.

—¿Lo ha matado usted, señora Lennart?

En un susurro, ella negó:

—No; no lo he hecho. Ni siquiera sé dónde lo han encontrado ustedes.

—Espero que esta vez me haya dicho la verdad, señora Lennart.

Salió Bruce de la mansión, bajó los tres escalones del porche y posó la mano en la portezuela de su descapotable. De detrás de una columna salió una voz desconocida:

—Ni siquiera hoy le ha dicho ella la verdad, teniente.

Davidson volvió el rostro y vio que un hombre iba hacia él. En la oscuridad de la noche apenas podía ver su rostro, pero se dio cuenta de que nunca lo había visto antes.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Richard Stern, y soy... era, mejor dicho, el secretario del señor Lennart.

A corta distancia pudo distinguir sus facciones. Era rubio y delgado, y en su rostro había una expresión rencorosa.

—He escuchado la conversación de ustedes a través de los ventanales abiertos, teniente.

—¿Pertenece eso a sus obligaciones como secretario, Stern?

Vio que el aludido vacilaba y supuso que se sonrojaban sus mejillas.

—Es que... quise comprobar cuál era el juego de la señora Lennart. Ahora ya no me cabe duda de que ella ha matado a mi jefe.

Bruce señaló su coche.

—Venga conmigo, Stern. Sospecho que nuestra conversación será muy larga.

En el coche se dirigió al Departamento de Homicidios sin que durante el trayecto cambiaran una sola palabra. Cuando llegó se

enteró de que su ayudante, Mike Chaffer, había salido en pos de nuevas pistas.

Cuando se sentó tras su escritorio advirtió que las primeras luces del amanecer salían por Oriente. Sólo al dejarse caer en su sillón se notó cansado. Un ordenanza le trajo una taza de hirviente café. La infusión le reconfortó lo suficiente para iniciar un interrogatorio que preveía erizado de contradicciones. Richard Stern permanecía mudo, hundido en su asiento, a la expectativa. Bruce lo calibró como un jugador experto que conocía el valor de sus cartas y el de su rival en el juego, lo cual lo hacía doblemente peligroso.

—Ahora dígame por qué la señora Lennart ha mentido.

El secretario se pasó la mano por la barbilla y parpadeó.

—Yo... vivo en la misma casa que mi jefe... El señor Lennart lo quiso así para disponer de mí en cualquier momento. Por eso, he podido enterarme de que la señora Lennart sabía lo ocurrido a su marido.

—¿Quiere decir que ella conocía la noticia de su muerte cuando yo se lo dije?

—Sí.

—¿Por qué afirma algo tan grave?

—Sorprendí una conversación telefónica.

La expresión de Bruce reveló su desprecio.

—Una de sus ocupaciones favoritas, ¿no?

—¡Le estoy ayudando, teniente!

—Oh, claro, prosiga.

—La vi llegar muy tarde y me extrañó. Estaba agitada además, como si sufriera una fuerte impresión.

—¿Dónde estaba usted?

—En el despacho, trabajando en la correspondencia del señor Lennart. Ya conoce la casa: las habitaciones que dan a la fachada principal tienen grandes ventanales de bajo alféizar, por encima del cual es fácil pasar al jardín.

—Sí; ya me he dado cuenta. ¿A qué hora llegó la señora Lennart?

—No me di cuenta exacta, pero debía ser la medianoche; de todas formas una hora desusada en ella.

—¿Dice que estaba agitada?

—Sí; y en cuanto entró se encerró en la biblioteca, estancia

contigua al despacho, como sabrá. En el silencio de la casa oí que descolgaba el teléfono y decidí... averiguar de qué se trataba. Yo fui contratado por el señor Lennart y a él me debo, máxime conociendo las desavenencias que había en su matrimonio.

—¿Escuchó la conversación?

—En efecto, aunque de momento no comprendí su significado. Hablaba con Rolf Avedon, el administrador de la Compañía, y le decía que algo muy grave había ocurrido, que fue al lugar que él le indicó y que... era horrible. Luego frenó su ataque de nervios y asintió varias veces, escuchando atentamente. Por fin colgó sin nuevas manifestaciones.

—¿Cree usted que tiene alguna importancia, teniente?

—Quizá. ¿Por qué me ha contado todo esto, Stern?

—¿No lo adivina? ¡He querido ayudar a la policía...!

—Escuche, no soy tonto. Nadie tira piedras contra su propio tejado, y de momento, vive bajo el mismo techo que la señora Lennart.

—Pero por poco tiempo, ésa es la cuestión. Es notorio que ella me odiaba, y no me cabe la menor duda de que cuando regrese encontraré mi equipaje en el vestíbulo y al impassible Mills, el mayordomo, con la orden expresa de no dejarme entrar.

—¿Venganza?

—Llámelo como quiera. El señor Lennart me pagaba un buen sueldo y ahora que lo he perdido lo menos que puedo hacer es contribuir a que castiguen al culpable.

—¿Cree usted que lo ha asesinado su esposa?

—No puedo decirlo —se relamió—. Sólo sé cuanto le he dicho. Pero una cosa se me ocurre: si ella estuvo en el lugar del crimen, y no se lo ha dicho a usted, es que tiene algo que ocultar.

—¿Y usted, señor Stern? ¿Dónde estuvo?

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? ¿Acaso va a pensar que yo...?

—¿Hay alguna coartada válida para usted?

—Pues...

—Usted, como secretario, debía conocer los planes de su jefe. Tuvo que ser su confidente, le prepararía quizá los pasajes para un avión, debió contribuir al robo que él pensaba hacerle a su propia esposa... ¿Qué me dice a eso?

—¡Oh, no, no! ¡Esto es indigno! ¡He querido ayudarle

bondadosamente y ahora me encuentro con una sucia trampa...!

—Justifíquese, Stern, por favor...

—Pero... es que no puedo, no sé... me ha confundido... ¡Yo tengo derecho a un abogado!

—De momento estamos usted y yo solos, sin posibilidad de que ningún picapleitos complique las cosas. No voy a dejarle salir, hasta que le saque hasta la última gota de información, Stern.

Bruce se incorporó y dio la vuelta al escritorio, acercándose al secretario de Lennart. Había perdido su seguridad de minutos antes. Ahora, sólo se limitaba a sudar. Había enrojecido y sus cabellos caían desordenadamente por su frente, pegándose a la piel a causa del sudor. Le giraban los ojos en las órbitas y su lengua se movía en todas las direcciones, como el áspid de un reptil acosado.

—¡No sé nada! Le juro que...

—Hay un procedimiento para saber si dice la verdad: lo tendré incomunicado en una de las celdas hasta que comprenda que no bromeo.

Alargó el brazo para pulsar un timbre, pero Richard Stern se había perdido y alzó las manos.

—¡Aguarde! Le diré cuanto sé.

—Veamos si dice la verdad.

El secretario se pasó la mano por el rostro.

—Yo sabía que el señor Lennart proyectaba algo grande. Me insinuó algo al respecto. Dijo que dentro de muy poco se vería libre y con más dinero del que podría gastar. No me confió cómo pensaba obtenerlo por más que traté de sonsacarle, pero en cierta ocasión, hablando de otro tema, indicó que su mujer poseía demasiado y que, en determinadas circunstancias, beneficiarse de él no podía ser tenido por delito grave.

—Así, pues, usted estaba al tanto de sus proyectos.

—Se equivoca. No sabía más de lo que le digo. Esto, mirándolo ahora a la vista de lo ocurrido, es significativo, pero separado de estos sucesos no permite demasiadas deducciones. Comprendí lo que había hecho esta mañana, cuando la señora Lennart supo por el Banco que Syl se había llevado un millón de dólares.

—Un bocado fabuloso, ciertamente. ¿A dónde proyectaba marcharse su jefe?

—Al extranjero, a un lugar de clima grato, donde no fuera

posible hallarle.

—Precise un poco más.

—Imposible; él no lo hizo nunca. A veces soñaba con una de esas islas del Pacífico, donde dicen que la vida es fácil.

—No puedo creer que Syl Lennart decidiera sepultarse en un lugar semisalvaje, a solas con su botín: eso no es lógico.

—Es que él proyectaba rehacer su vida al lado de otra mujer.

Bruce se recostó en la esquina de su escritorio.

—¿Maty Emerson?

—Lo ignoro. El señor Lennart era famoso por sus devaneos. Tenía una habilidad especial para conquistar a las mujeres, o quizá fuera el atractivo que presta el cine lo que las hacía caer rendidas. La mayor parte de sus estrellas le amaron.

—Pero una sola le sujetaba. ¿Cuál?

—Tampoco lo sé. ¡Le estoy diciendo toda la verdad, teniente!

Davidson le miró con aire inquisitivo, analizando cuanto acababa de escuchar. El caso empezaba a perfilarse. Syl Lennart había proyectado robar a su mujer y escapar con el botín, acompañado de otra mujer. Pero había muerto antes de salir del país, y el motivo no podía ser otro que el robo. Alguien sabía que él tenía ese dinero, y un millón de dólares constituía motivo suficiente para matar. ¿Quién conocía que Lennart tenía tanto dinero consigo?

Varias personas: su mujer, la primera; su secreta rió, Richard Stern; el administrador Rolf Avedon; quizá, Maty Emerson. Dos cosas eran ciertas: Lennart había subido al coche de Maty poco después del robo, y había quien creía haber identificado a la bella estrella al volante de su automóvil, y otra, y la más importante, Syl Lennart se había refugiado en la cabaña de Maty antes de huir, y en ella había encontrado la muerte. Por otra parte, tampoco había que olvidar el chantaje que trataban de hacerle, apoyándose en su anterior matrimonio con Maty.

Había otra cosa además.

—Usted sabe que Lennart y Maty Emerson estaban casados previamente al matrimonio de Lennart con su actual esposa.

—Sí; lo supe hoy.

—¿Nunca tuvo motivos para sospechar otra cosa?

—No; era algo inconcebible. Un delito de bigamia en nuestros tiempos apenas puede creerse, existiendo el divorcio.

—¿Cuál era la relación existente entre Maty y Lennart?

—Cordial. Al principio hubo cierta tirantez. Un día ella se presentó en el despacho del señor Lennart y hablaron a solas; cuando ella se marchó entré para despachar con mi jefe y lo encontré pálido y tembloroso. No respondió a mis preguntas, y yo no insistí. A los pocos días, Maty se convertía en estrella con todos los honores.

—¿Hubo chantaje por parte de ella?

—Ahora que lo pienso, bien pudo ser. Desde entonces, Maty ha rodado varias películas, siempre para la «Lennart Productions».

—¿Cuándo se hicieron cordiales esas relaciones?

—Antes de terminar la primera película se les veía juntos con frecuencia. Luego corrió por el estudio el rumor de que el señor Lennart había añadido un nuevo trofeo a su colección.

—¿Hubo fricciones entre ellos?

—No sabría decirle. El señor Lennart tenía siempre tantos compromisos que no era fácil seguir el proceso de su intimidad.

La puerta se abrió y apareció en ella Mike Chaffer, despeinado y ojeroso.

—Hay novedades, Bruce.

Davidson señaló otra puerta del despacho y ordenó a Stern:

—Pase ahí dentro y escriba su confesión, todo cuanto me ha dicho, sin olvidar un solo detalle. Luego fírmelo. Manda a alguien con él, Mike.

Su ayudante hizo lo que le ordenaban, y unos instantes después regresaba, brillantes los ojos por la excitación.

—Te traigo a Maty Emerson.

—¿Dónde la encuentraste?

—En la escalerilla del avión de Hong-Kong.

—Vaya.

—Hay otra cosa: el informe definitivo de los de Dactiloscopia. Las únicas huellas encontradas en la cabaña son las de la víctima y las de Maty.

—¿Y el arma homicida?

—Una pistola calibre 38, que todavía no hemos encontrado.

—Sigue buscando. Otra cosa: pon detectives detrás de Rolf Avedon y de Bárbara Lennart. No permitas que huyan, y que no

dejen de anotar ni uno solo de sus movimientos. Y ahora, haz entrar a esa linda estrella.

Maty, envuelta en un abrigo de visón, con la mirada huidiza y sombras azuladas bajo los ojos, era la estampa de la mujer regalada que de pronto ha hecho frente a una amarga realidad.

Se dejó caer en un sillón antes de que Davidson se lo ofreciera. Se estremeció, cerró un poco más las pieles y miró suplicante al teniente.

—Yo no lo he matado, se lo juro. Lo amaba. A pesar de los años transcurridos, lo amaba todavía.

—¿De qué me habla, Maty?

—De Syl. Ya no vale la pena seguir mintiendo. Si me han detenido es porque han descubierto su cadáver en mi cabaña. Yo estuve allí esta tarde, lo confieso, pero ya estaba muerto. ¡Tiene que creermelo, teniente!

—¿Cuándo fue a la cabaña?

—Después de abandonar este mismo despacho. Regresé a casa y me encontré con un recado telefónico, según el cual Syl me aguardaba en la cabaña. Fui... pero estaba muerto.

—¿Y el dinero?

—No lo sé. No me entretuve. Me aterroricé al ver el cadáver y salí huyendo. Desde entonces sólo he dado vueltas en el coche hasta que conseguí serenarme lo suficiente para darme cuenta de que estaba metida en un lío terrible. Por eso fui a casa, recogí dinero, las joyas y algo de ropa, y reservé una plaza en el avión de Hong-Kong.

He debido ser muy estúpida, ¿verdad? Cualquiera debió suponer que ustedes vigilarían el aeropuerto, excepto yo. No soy una delincuente, aunque mi vida no haya sido muy ejemplar.

—Syl Lennart robó a su esposa para huir con el dinero muy lejos, en compañía de una mujer a la que amaba. ¿Era usted?

—No; él me trataba como a una buena amiga, solamente.

—¿No supone qué mujer podía ser ésa?

—No.

—¿Me está diciendo la verdad, Maty? Ningún jurado va a creerla con tantas pruebas en contra suya.

—¡Yo no le hubiera matado!

—Pero a usted le agrada el dinero, Maty. Usted se presentó un

día a su esposo, cuando él ya estaba casado con Bárbara, y le pidió que la hiciera una estrella. ¿No es eso chantaje?

Bajó ella la mirada.

—Le pedí que me ayudara. No era justo que él estuviera en la cumbre y yo no participara de su buena suerte. Él lo comprendió.

—Una bonita forma de explicar un chantaje, Maty. A él no debió hacerle mucha gracia verla tan cerca. Usted constituía una amenaza constante para él.

—Syl estaba seguro de mí: sabía que nunca le delataría, porque sería tanto como inculparme a mí. En ese aspecto podía considerárenos cómplices.

—No hay la menor duda de eso. ¿Accedió él gustoso a ayudarla?

—En los primeros momentos se encolerizó y se asustó. Luego, al ver que mis intenciones no eran las de dañarle, fue tan atento y correcto como siempre.

Bruce dio unos pasos por el despacho y luego se volvió bruscamente hacia la estrella.

—¿Sabe usted que a Syl le hacían chantaje?

—No.

—¿Y que le amenazaban con revelar a Bárbara el matrimonio con usted?

—Oh, no, no... ¿Quién sabía eso?

—Me gustaría averiguarlo, porque seguramente el que le hacía chantaje fue también quien le mató.

—Le he dicho cuanto sé, teniente.

—¿No intentó Lennart divorciarse de usted?

—Cuando nuestro matrimonio fracasó nos separamos sin más trámites, en el curso de una pelea. Luego estuvimos mucho tiempo sin saber uno del otro. Cuando Syl conoció a Bárbara precipitó el matrimonio con ella por ambición y no se atrevió a presentar una demanda de divorcio contra mí ante el temor de que Bárbara no le aceptara después, huyendo del escándalo. Por eso se limitó a cambiarse de nombre.

Bruce pulsó el timbre y Mike apareció casi al instante.

—Lo siento, Maty, pero tendré que acusarla del asesinato de Syl Lennart. Si necesita algo, ropa o cualquier otra pertenencia que usted pueda tener consigo en prisión, pídalo y enviaré una celadora a su domicilio para recogerla. Entretanto paso el asunto al fiscal

quedará bajo custodia.

Maty le miró largamente y luego empezó a llorar en silencio.

—No puede hacerme eso, teniente. ¡Le digo que soy inocente!

Era un penoso deber enviar a prisión a una criatura como Maty, pero su obligación era ésa.

—No soy juez, sino un simple policía, Maty. Y tampoco he construido las evidencias contra usted. Avisaré al abogado que usted designe.

Mike se la llevó. Al cerrarse la puerta, Bruce sintió la boca amarga.

CAPÍTULO X

Los grandes titulares de la Prensa matinal, decían:

«ESTRELLA ACUSADA DEL ASESINATO
DE SU PRODUCTOR.

»Maty Emerson era, además, la verdadera esposa de
Syl Lennart».

Bruce terminó su café matinal mientras leía la sensacionalista información de los reporteros, y cuando concluyó recogió la chaqueta del respaldo de la silla y se dispuso a salir hacia la oficina.

El timbre de la puerta sonó en aquel instante.

Bruce abrió al tiempo que se enfundaba la chaqueta y ajustaba el nudo de la corbata. Al ver a Stella se interrumpió en un gesto maquinal y esbozó una sonrisa.

—¿Tú aquí?

—Vine corriendo al leer el periódico... ¡Habéis detenido a Maty! Pero, eso es un error. Ella no ha podido matar a Syl. Me consta que había afecto entre ellos, les vi juntos muchas veces y Syl me confesó que la amaba...

—Hay demasiadas pruebas en su contra, lo siento.

Stella posó una de sus manos en el brazo masculino.

—¡Qué importan las pruebas! No es la primera vez que las circunstancias acusan a un inocente. ¿Por qué había de matarle ella?

—Hay una razón de peso: un millón de dólares.

Bruce consultó su reloj y sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo, Stella, no puedo entretenerme.

Ella se le colgó del brazo.

—Hablaemos por el camino.

Cerró la puerta y bajaron en el ascensor. Stella le acompañó al garaje donde encerraba su coche y se sentó junto a él, en los asientos de cuero rojo.

—Maty no tenía necesidad de matar a Syl para beneficiarse de ese dinero, Bruce. Puesto que, según habéis descubierto, estaban casados, ella tenía un arma muy poderosa para no permitirle disfrutar sólo de ese dinero. Maty nunca lo hubiera hecho. Además, se amaban.

Conduciendo con la mirada fija en el tráfico que le precedía, Bruce pensaba en las palabras de la hermosa muchacha, al tiempo que de vez en cuando la miraba de reojo, sintiendo el poderoso atractivo femenino. Stella estaba realizando una fervorosa defensa de su compañera de trabajo, y quizá por la vehemencia de sus palabras su busto firme se agitaba con fuerza, forzando los botones de su linda blusa matinal.

—Posiblemente riñeron a última hora. Por lo que hemos sabido, Syl proyectaba marcharse lejos con una mujer, con Maty, ciertamente. Soñaba con alguna isla de los mares del Sur, pero a última hora Maty pudo no gustarle la idea: no cabe duda de que no es una mujer capas; de apreciar las delicias de la vida primitiva, en plena naturaleza. Ella es hija de la ciudad. Le gusta el sensacionalismo, el neón, las fiestas, los vestidos caros, las joyas y los amoríos... Nada de eso puede encontrarse en una isla, por muy paradisíaca que parezca. Pero gustándole el dinero, decidió matarle. Como ves, motivos no le faltan.

—Todo eso es muy endeble, Bruce, deberías saberlo. Son sólo suposiciones.

—La acusación se basará en otras pruebas: Syl Lennart fue visto en el coche de Maty, con ella al volante; más tarde apareció asesinado por alguien en quien confiaba, en la cabaña de Maty, donde sólo se encontraron huellas de ellos dos; y, por último, sorprendimos a la estrella cuando intentaba huir de Los Ángeles, en el avión de Hong-Kong.

Sólo nos faltaría encontrar boletos para cualquier isla de los mares del Sur en su equipaje para enviarla directamente a la cámara de

gas. Lo siento por ella, pero creo que no tiene salvación.

Guardaron silencio durante largo rato. Bruce sentía cómo Stella se removía en su asiento, a vueltas con los acontecimientos de las últimas horas. Luego, sintió la mano femenina en su brazo y el calor de su cuerpo al acercarse.

—Bruce... Yo quería decirte algo.

—¿Sí?

—No me mires, por favor —hablaba casi en un susurro que era difícil de percibir entre el fragor del tráfico—. ¿Podrías llegar a olvidar que yo... te abandoné una vez?

—Stella...

La rodeó con su brazo derecho sin dejar de mirar a los coches que le precedían.

—Te quiero, Bruce. Te necesito. He decidido dejar el cine, después de lo ocurrido.

Ayúdame a olvidar mis locuras y permíteme que pueda amarte.

La estrechó con fuerza, sintiéndose incapaz de resistirse por más tiempo.

—Stella, ahora mismo...

Pero ella le interrumpió.

—Tómate tiempo para reflexionar, Bruce. ¿Podemos ser felices todavía? No quiero que nos hagamos más daño. ¿Podemos serlo? Piensa en eso y... para aquí mismo —decidió súbitamente.

Lo hizo él, frenando junto al bordillo. Se volvió hacia Stella. Ella le besó con violencia, volcándose sobre él. Bruce notó en sus labios los agudos dientes femeninos y en su piel el temblor femenino que delataba la vehemencia de sus sentimientos.

—Ven a buscarme esta noche, Bruce.

Salió del coche y se alejó corriendo por la acera. El teniente la vio alejarse, ágil y grácil su silueta, mientras se humedecía los labios para volver a percibir el sabor femenino.

Cuando llegó a su despacho encontró un mensaje de Mike Chaffer pidiéndole le telefonara al número que había dictado. Lo hizo sin acomodarse tras su escritorio, suponiendo que lo que su ayudante le dijera no le permitiría iniciar la jornada sosegadamente.

—¿Bruce? —preguntó Mike cuando descolgó el auricular—. Ven cuanto antes a Palo Drive, 2365. Es un parador con discretas

mesitas entre árboles y macizos de flores. Sentados en torno a una de ellas se encuentran Bárbara Lennart y Rolf Avedon. Él debe haberla citado allí. Parecen muy interesados en la conversación, pero no puedo acercarme lo suficiente para saber lo que hablan.

—Voy para allá. Si se marchan, deténlos hasta que llegue, a ser posible separados uno de otro.

Colgó el auricular y salió de su despacho para tropezar con dos reporteros que debían haber estado al acecho fuera del Departamento en espera de que llegase.

—¿Qué hay de Maty Emerson, teniente?

—Tengo prisa, muchachos. Más tarde hablaremos.

—¿Es ella realmente la autora del crimen?

—Eso tiene que decidirlo un jurado, ¿no creen? Déjenme pasar o haré que les prohíban la entrada.

—¡Colabore con nosotros y le citaremos en los titulares, teniente!

—¡Al diablo con la publicidad de la Prensa! —gritó Bruce, abriéndose paso a codazos.

Cuando se encontró en la calle subió a su coche de un salto y arrancó a toda velocidad, filtrándose por entre el tráfico para evitar que los reporteros le siguieran...

La dirección que le había dado Mike se hallaba próxima a la costa. Cuando llegó reconoció en la zona de aparcamiento a uno de los detectives del Departamento que le aguardaba.

—Deprisa, teniente. Parece que se van a despedir.

Fue tras el detective, ceñudo el rostro, encajadas las mandíbulas. Mike se les reunió en el comienzo de la zona de árboles.

—Seguimos a los dos, cada uno por nuestro lado, cumpliendo tus instrucciones, Bruce, y nos reunimos aquí. —Mike estaba barbudo y ojeroso—. ¡Vaya nochecita!

—¿Has averiguado algo más?

—No; Rolf Avedon se está despidiendo de ella. Por lo visto se marcharán uno detrás de otro, separadamente, para no llamar la atención.

—Perfecto. Detened a Rolf Avedon lo suficientemente lejos para que Bárbara Lennart no se aperciba: yo me ocuparé de ella. Luego nos reuniremos en este lugar y le sacaré al administrador cuanto sepa.

Mike hizo una seña y los tres policías se refugiaron tras unos macizos, porque Avedon se aproximaba. Bruce hizo una seña, y Mike y su ayudante fueron tras el administrador, mientras él caminaba por el sendero seguido por Avedon para encontrarse con la viuda de Lennart.

La encontró retocándose el maquillaje. Ella le vio antes de que llegara a su altura y Bruce advirtió que cambiaba de color. Nerviosamente, la hermosa millonaria trató de fingir una naturalidad que estaba lejos de sentir y que no engañó al policía.

—No sabía que madrugara tanto, señora Lennart.

—Vine... para respirar aire puro. ¿Acaso su moralidad también se escandaliza de ello? —Su voz era deliberadamente desdeñosa—. Supongo que en su concepto debería estar llorando y cubierta con un negro velo.

Bruce se sentó en la misma silla que acababa de dejar Rolf Avedon.

—No; es innecesario fingir cuando todo el mundo sabe la verdad. Pero ¿era necesario elegir este lugar tan apartado para entrevistarse con el administrador de su Compañía?

La pregunta fue como un golpe dado de improviso que hizo tambalear a la hermosa viuda.

—¿Ha estado espiándome?

—La tengo bajo vigilancia, señora Lennart.

—¿Por qué? ¿Con qué derecho? ¡Presentaré ante el fiscal una demanda...!

—Hay una razón —cortó con un simple movimiento de su mano aquel torrente de protestas—: Debo catalogarla como una sospechosa de gran importancia.

—¿De qué habla?

Fue a incorporarse, pero Bruce plegó los labios con firmeza.

—¡Siéntese! —Luego prosiguió más suave, casi hirientemente cortés—. Anoche, antes de que yo la interrogara de madrugada, y antes también de que descubriéramos el cadáver de su marido, usted estuvo en la cabaña y le vio. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Cómo sabe...?

—¡Respóndame! ¿Es cierto o no que estuvo allí?

Bajó ella la cabeza, sabiéndose vencida.

—No mienta ahora, señora Lennart; es su última oportunidad. Si

ahora no dice la verdad le costará la cárcel.

Bárbara asintió mudamente.

—¿Estuvo en la cabaña?

—Sí —se humedeció los resecos labios y añadió—: ¡Pero ya estaba muerto!

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque... pensé que sería complicarme innecesariamente en el caso.

—¿Lo pensó usted o... Rolf Avedon?

Alzó ella la cabeza con vivacidad y Bruce apuntó una sonrisa burlona.

—Sí; también sé eso. Usted regresó a su casa hacia la medianoche muy agitada y, acto seguido, telefoneó a su administrador diciéndole que había encontrado a Syl Lennart... pero muerto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que ha intervenido mi línea telefónica? Si es así, le costará su placa, teniente. ¡Haré que lo expulsen del cuerpo...! ¡No se puede intervenir una línea privada sin mandamiento judicial, y usted no puede tenerlo...!

Estaba roja de indignación y arañaba la mesa con sus largas y cuidadas uñas color malva.

—Cálmese, Bárbara. Tengo un testigo que oyó su conversación. Y ahora dígame por qué telefoneó a Rolf Avedon y cómo sabía él que Syl Lennart se escondía en la cabaña de Maty Emerson.

—Yo...

—Ahora o en el Juzgado, decídase. Pero allí lo hará como acusada.

Entrelazó los dedos, se mordió el labio inferior y respiró hondamente para recobrar el dominio sobre sí misma.

—Avedon me telefoneó para decirme que creía saber dónde se escondía mi marido. Fui a la cabaña y le encontré... muerto, así que huí de allí y se lo comuniqué al administrador. Él me ordenó que no dijera nada a nadie si no quería comprometerme, y me pidió que hoy nos viéramos aquí porque tenía que hablarme de algo muy importante.

—¿Por qué no en su casa o en las oficinas de la Compañía?

—Era algo que no permitía la existencia de testigos.



—Debió pensar que yo trataba de hacer chantaje

4 - CUANDO

—Ha tenido más de los deseados... y precisamente los más peligrosos. ¿Qué era eso tan importante?

—El cree que yo he matado a Syl, y me ha ofrecido su ayuda para salir del paso. No he podido convencerle de que soy inocente y...

—¿Qué le ha pedido a cambio?

—Le he nombrado gerente.

—Vaya, hasta los tiburones recogen las migajas que caen de la mesa.

Se incorporó y tendió la mano hacia Bárbara.

—Acompáñeme, tenemos que completar la declaración.

Caminaron por el sendero hasta el lugar donde Rolf Avedon discutía con Mike. Éste le estaba gritando en aquel momento al administrador de la Compañía:

—¡Lo voy a tener incomunicado hasta que pierda el poco pelo que le queda como siga molestándome, Avedon!

Bruce hizo una seña para que Mike se encargara de Bárbara y se enfrentó al administrador.

—No es preciso fingir más: lo sé todo, así que colabore usted también.

—¿Para qué me interroga si es cierto que lo sabe todo, teniente? Vamos, no soy tan ingenuo.

El policía sonrió al parecer amablemente.

—De acuerdo: quiere que sigamos el camino difícil; difícil para usted, claro. Mike, llévalo al Departamento, vacíale los bolsillos, hazle ficha y enciérralo hasta que yo pueda ocuparme de él. Ah; por supuesto, incomunicado.

Avedon pareció perder la poca carne que mantenía relleno su traje y de pronto se semejó a un espantapájaros al que hubieran vestido con ropas mucho mayores que el escuálido armazón.

—No se enfade, teniente. Yo... puedo explicarle...

Bruce asentía, casi bonachón.

—De acuerdo, de acuerdo...

Sus ojos miraban el abultado bolsillo derecho de la chaqueta de Avedon, preguntándose qué lo rellenaría de forma tan pesada...

Alargó la mano y palpó un objeto duro y peculiar antes de que el administrador pudiera impedirlo. Luego, con la izquierda le sujetó hábilmente para sacar con facilidad algo envuelto en un amplio pañuelo blanco.

—¡No! ¡Yo le explicaré...! —empezó Avedon.

Bruce separó las puntas del pañuelo y silbó brevemente.

—Tendrá que explicar muchas cosas, amigo...

Mike Chaffer clavó los ojos en aquel objeto hasta casi saltársele de las órbitas.

—¡Una pistola del 38...!

Bruce volvió a cubrirla con el pañuelo y la guardó en su bolsillo.

—Apostaría el sueldo de un año a que es el arma con la que despacharon a Syl Lennart.

CAPÍTULO XI

No hacía falta ser un sicólogo para darse cuenta de que Rolf Avedon sufría una de las peores crisis de su vida. Hundido en el sillón de cuero del despacho del teniente Davidson, miraba a su alrededor con ojos huidizos y expresión llena de ansiedad. Tenía el escaso cabello desordenado y largos mechones se le pegaban a la frente a causa del sudor.

Cuando Bruce entró, procedente del laboratorio, clavó la mirada en el administrador de la Compañía e hizo saltar en su mano la pistola que había encentrado en sus bolsillos.

—Un feo asunto, Avedon —hizo oscilar la cabeza al tiempo que lo decía—. Esta pistola mató a Syl Lennart. Y la encontró en el bolsillo de su chaqueta. ¿Cómo llegó hasta allí?

El administrador se incorporó y tendió hacia él sus manos suplicantes.

—Debe creerme, teniente. ¡Yo no lo maté!

—¿Cómo podría demostrármelo?

—¡Hágame preguntas! Responderé a lo que usted quiera.

—Sólo deseo que me diga la verdad, Avedon. Y que empiece por el principio. No voy a admitirle ni una sola mentira. Usted estuvo en la cabaña de Maty Emerson.

—Sí: veré, recibí una llamada telefónica que me anunció que Syl Lennart estaría allí.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé. No podría decirlo con seguridad. Pensé en ello y llegué a la conclusión de que mi comunicante había hablado a través de un pañuelo para disimular su voz o que había variado deliberadamente su timbre: era un sonido apagado, ronco... desde luego, antinatural.

—¿A qué hora fue eso?

—Aproximadamente a las diez.

—¿Qué hizo usted? ¿Acudió a la cabaña?

—No inmediatamente. Primero llamé a Bárbara Lennart y le dije dónde se escondía su marido.

—¿Por qué lo hizo?

—Sabía que ella le buscaba y pensé que eso me ganaría su amistad: yo deseaba prosperar en la Compañía y quería demostrarle mí... fidelidad.

—¿Qué dijo la señora Lennart?

—Prometió ir a la cabaña inmediatamente. Luego que hube colgado se me ocurrió que ella podía necesitar mi ayuda. Pensé que Syl Lennart, viéndose descubierto, podría atentar contra su esposa y... decidí presentarme yo también en la cabaña.

—Continúe.

—Llegué a tiempo de ver cómo Bárbara corría despavorida. Subió a su coche y se alejó conduciendo como si hubiera perdido la cabeza. Como quiera que no podía hacer nada por ella opté por entrar en la cabaña y averiguar del propio Lennart lo ocurrido.

—¿Bien?

—Lo encontré muerto. Su piel estaba caliente todavía, como si acabaran de matarlo y... pensé que lo había hecho la señora Lennart.

Guardó silencio y se humedeció los labios con la punta de la lengua. Miró al policía como tratando de adivinar si era creído.

—¿Qué hizo entonces? —inquirió Bruce, sin manifestar su modo de pensar.

—Vi la pistola y la guardé en mi bolsillo, envuelta en mi pañuelo. Revisé el lugar, comprobé que no había nada que pudiera inculparla, y me marché.

—¿No borró huellas dactilares?

—No hacía falta. Me había fijado que Bárbara llevaba los guantes puestos cuando salió huyendo.

—¿No vio el dinero que Lennart había robado?

—No.

—¿Por qué no avisó a la policía?

—Por un elemental sentido de precaución. Si les decía a ustedes que yo había estado allí tendría que declarar que vi a la señora

Lennart... y que pensaba que ella le había matado.

—Dejemos eso por ahora. —Bruce encendió un cigarrillo y siguió con el interrogatorio—. ¿Qué hizo usted?

—Regresé a casa, y después de mucho rato ella me telefoneó. Me contó que había hallado muerto a su marido y que había estado durante todo aquel tiempo dando vueltas en su coche, como perdida la noción de la realidad. Me pidió consejo y la convencí para que no revelara a nadie lo que sabía, citándola para hoy en el Parador donde nos han encontrado.

—¿Para qué quería verla?

—Necesitaba convencerme de que era inocente realmente. Le presenté la pistola y traté de confundirla, pero insistió en que su marido ya estaba muerto cuando llegó.

—¿Qué pensaba hacer con la pistola?

—Tírala al mar. Ya no tenía objeto.

Bruce se dejó caer en su sillón, tras el escritorio.

—¡Dígame que me cree, teniente! —suplicó Avedon—. ¡Le he dicho toda la verdad!

El teniente le miró fríamente.

—¿Qué le ha sacado a Bárbara Lennart a cambio de su silencio, Avedon?

Pareció que le golpeaba en plena boca. El administrador se estrujó las manos y luego lloriqueó:

—Ella... ella me ha prometido nombrarme gerente de su Compañía, con una participación en los beneficios...

—Sí; coincide con lo que la señora Lennart me dijo:

—Entonces... entonces, ¿me cree? —preguntó, radiante de satisfacción.

Bruce pulsó un timbre y cuando Mike Chaffer apareció le ordenó:

—Llévatelo y ponlo en la sección de los incomunicados.

—¡No! —aulló Avedon—. ¡No puede hacerme eso! ¡Ya le dije todo cuanto sabía! ¡Le juro que soy inocente...! ¡Se lo juro...!

Eran gritos que aquel despacho conocía de sobras: ni uno solo de los detenidos por el teniente Davidson había dejado de aullar de esa manera cuando escuchaban la misma orden de detención.

Cuando Mike regresó encontró a Bruce con la frente apoyada en ambas manos, sujetándose los ojos y respirando con fuerza.

—¿Te encuentras mal, Bruce? —preguntó su ayudante.

—Estoy extenuado, Mike. Llevo demasiadas horas trabajando en el caso y... me encuentro como al principio.

Mike sacudió la cabeza y su mechón rubio se desplomó sobre la frente.

—Pero... ¿Ya no crees en la culpabilidad de Maty?

—Tres personas por lo menos tuvieron ocasión de matarlo, Mike. La primera, Maty Emerson: hay muchas cosas que la acusan, incluso su intento de fuga. Luego Bárbara Lennart: estuvo en la cabaña antes que nosotros y odiaba lo suficiente a su marido. Por último, Rolf Avedon: él hizo acudir a Bárbara a la cabaña y luego se llevó la pistola.

—¿Con cuál de los tres te quedas?

—No sé. Todos tuvieron oportunidad y motivos.

—Es necesario que deseches a dos. Si Maty iba a acompañar a Syl al extranjero, no tenía necesidad de matarle para disfrutar de su dinero. Por otra parte, Maty está lanzada en Hollywood y tiene el suficiente nombre como para ganar ese millón con varias películas, sin exponerse a ser una delincuente... Otra cosa sería si ella fuera una primeriza, sin nombre ni categoría...

—¿Te has dejado seducir por sus encantos? —se burló, cansinamente—. Olvidas una cosa, Mike: el dinero es algo que no cansa: pon a un hambriento ante los mejores manjares y llega a odiarlos; dale a un ambicioso todo el poder del mundo, y soñará con la soledad. Pero si hombre más rico dale dinero y jamás tendrá bastante. Maty pudo hacer una jugada maestra: fingió estar de acuerdo con Syl para huir ambos y disfrutar de ese millón, pero en el último momento puso en práctica su plan: le mató, se apoderó del dinero, se retiró de la escena de su delito y llamó a Rolf Avedon para hacerle acudir a la cabaña y lograr que le acusaran...

—Eso que supones es diabólico.

—Todo crimen lleva en sí un sello infernal; Mike. ¿Vas a defender a alguien más?

—Por ejemplo, a Bárbara Lennart. ¿Por qué iba a matarlo? Y, sobre todo, ¿para qué iba a robar un dinero que era suyo y que, de todas formas, la policía le devolvería? Admito que quisiera vengarse de su marido, pero el robo la elimina.

—Bárbara no es tonta, Mike —el teniente se pasó los dedos por

el revuelto cabello—. Se hizo la misma consideración que tú y, para despistar, se llevó su propio dinero. De no haberlo hecho, todo la hubiera acusado. ¿Quién es capaz de cometer un crimen y no quedarse con una fortuna como ésa? Solamente la persona que sabe le van a devolver lo que le pertenece.

Mike asintió.

—Es una razón que pesa. ¿Y Rolf Avedon? ¿Piensas que lo mató para quedarse con el dinero?

—Es un hombre ambicioso que no desaprovecha la oportunidad de medrar.

—Pero se entrevistó con Bárbara Lennart para averiguar si ella había matado a su marido.

—No es difícil fingir una cosa así, sobre todo si a cambio es posible obtener el cargo que se desea.

Se hizo un difícil silencio durante el que ambos hombres dieron vueltas a todas aquellas posibilidades.

—Bruce, no haces sino complicarte la vida: lo que necesitas es un culpable, y tú te empeñas en que lo sean los tres —explotó al fin el detective.

—No, Mike, lo difícil es renunciar a dos y optar por el tercero. ¿Qué historias son las verdaderas?

—Como no es posible proceder por eliminación, hay que emplear otro procedimiento: necesitamos encontrar el dinero.

Bruce Davidson se incorporó súbitamente.

—Eso es; manos a la obra, Mike. Empezaremos por el domicilio de Maty.

CAPÍTULO XII

La doncella de Maty Emerson seguía con preocupada expresión el registro que Bruce y Mike llevaban a cabo. Su negro rostro se agitaba nerviosamente cada vez que el teniente o el detective abrían un nuevo cajón o vaciaban un armario.

—A la señorita no le va a gustar —protestaba con su cadencioso acento del sur.

—No se preocupe por eso —gruñó Mike exasperado—. Ella tiene otros problemas en los que pensar.

Bruce protestaba entre dientes mientras realizaba aquel trabajo enojoso. Los registros nunca le habían gustado, y en su época de simple detective había odiado aquellas rutinas tan incómodas. Ahora rara vez se ocupaba de tales menesteres, salvo como, cuando en aquella ocasión, prefería hacerlo personalmente en busca, no sólo de algo concreto, sino del menor detalle que pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto.

—Temo que va a ser inútil, Bruce —repitió Mike por tercera vez desde que habían llegado—. Mis hombres y yo lo hicimos ayer sin resultado.

Bruce se había sentado ante el escritorio y miraba una por una todas las cartas y los escritos personales de la famosa estrella. Había centenares de cartas de admiradores, invitaciones para fiestas y cartas íntimas que pregonaban capítulos amorosos en su vida pasada. Nada tenía relación, sin embargo, con Syl Lennart y, mucho menos, con el millón de dólares que ambos buscaban.

—Ahí no encontrarás ese dinero —protestó su ayudante—. Deja de huronear en sus papeles y busca conmigo un paquete capaz de contener tantos billetes.

El teniente no le hizo caso y siguió sacando papeles. De pronto,

al abrir el último de los cajones, que no tenía la cerradura echada, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué ha sido eso, Bruce? ¿Lo has encontrado?

Mike acudió a la carrera para mostrar su desconsuelo al ver los folletos turísticos que Bruce hojeaba.

—¿Qué te ha hecho lanzar esa exclamación? Pensé que habías hallado el dinero. El teniente leyó con atención los titulares de los folletos:

«Tahití, un paraíso en maravilloso color»

«Lugares de ensueño»

«Las islas de los mares del Sur un canto a la vida»

La portada del primer folleto, a todo color, mostraba a una tahitiana de largos cabellos negros, ojos verdes, boca fresca y con un collar de flores que apenas cubría su piel morena y joven. Su imagen era la mejor propaganda de unas islas en las que cualquier apresurado ciudadano creía encontrar una segunda edición del perdido paraíso. El faldellín rojo era como una llamarada en la ya de por sí cálida fotografía.

—Muy bonita, cierto, pero... andamos buscando algo bien distinto, Bruce —y la voz de Mike era como un reproche.

—¿No aciertas a pensar, muchacho? —Bruce se incorporó y abandonó la búsqueda—. Más o menos, esto era lo que buscaba: es una prueba de que Maty estaba de acuerdo con Syl Lennart para escapar. Recuerda lo que dijo Richard Stern, el secretario de Lennart: éste proyectaba marcharse a las islas de los mares del Sur con el dinero y con una mujer cuya identidad Stern desconocía. Ahora ya no hay duda de que se trataba de Maty.

Mike se rascó la cabeza, luego tiró de su oreja derecha como si fuera un resorte y luego carraspeó varias veces.

—Yo diría...

—¿Qué, Mike?

—Ayer miré yo en ese escritorio. Y no dejaría de recordar a una mujer como la de esa foto, si la hubiera visto...

—¿Qué quieres decir...?

—Sí, Bruce; temo que alguien puso esos folletos después.

La frente del teniente se arrugó. Mike sabía que su jefe estaba sometiendo a su cerebro a una intensa presión.

—Búscame a Richard Stern. ¡Ese sinuoso secretario...!

Mike se dio una sonora palmada en la frente.

—¡Claro! ¿Cómo no lo habremos pensado antes? Sabemos lo de que Lennart pensaba huir con una mujer a los mares del Sur sólo porque Stern nos lo dijo. Lo admitimos como bueno, pero bien podía ser todo una trampa para equivocarnos... Luego de que hubimos tragado el anzuelo, él puso estos folletos aquí para terminar de acusar a Maty Emerson.

Bruce mordía las palabras al hablar cuando se sentía burlado:

—Él tenía posibilidad de saber los planes de su jefe, se dio cuenta de que iba a robarle a su mujer ese millón y planeó el procedimiento de hacerse rico sin grandes dificultades. Todo lo que tenía que hacer después era llamar a Maty a la cabaña para inculparla, y hacer ir al lugar del crimen a Rolf Avedon y a la propia viuda, a fin de terminar de crear una confusión absoluta.

En un susurro, Mike afirmó:

—Un crimen... casi perfecto.

El teniente hizo una seña a la doncella para que se acercara al lugar donde ellos habían estado hablando en un susurro.

—¿Después de que su señorita fue detenida... tuvo alguna visita?

—No, señor. Nadie entró aquí, si es eso lo que quiere decir. Vinieron los periodistas pero no pasaron del vestíbulo...

Mike tocó a su jefe en el brazo.

—No es preciso, Bruce —dijo, señalando los amplios ventanales que daban al jardín—. Cualquiera puede entrar sin pasar por la puerta. Basta con introducirse en el jardín y deslizarse por las ventanas... ¿Siempre permanecen abiertas? —preguntó, dirigiéndose a la doncella.

—A la señorita le gusta que entre el aroma de las flores...

El teniente gruñó una despedida y una vez en la calle se encaró con su ayudante:

—Averigua si alguien vio a Stern merodear por los alrededores de estar casa, y busca a Stern y llévalo al Departamento.

—¿Qué vas a hacer con los detenidos?

—Lo decidiré cuando haya hablado con el secretario de Lennart.

¡Date prisa!

Subió a su coche y arrancó a toda velocidad, con un rugido de su poderoso motor.

Súbitamente, el caso había cambiado de orientación.

Era la hora del almuerzo y pasaba cerca de la casa de Stella. Reconoció el paraje y al evocar la figura femenina no pudo resistir la tentación de verla de nuevo a pesar de que hacía muy pocas horas se habían citado para la noche. No se sentía con fuerzas para almorzar sólo en uno cualquiera de los numerosos restaurantes donde lo único que podía hacerse era engullir velozmente los alimentos y huir de un lugar donde la soledad resultaba tan tétrica.

Se sentía rejuvenecido y feliz cuando pulsó el zumbador de la puerta. Tras los breves pasos hubo un instante de silencio. A Bruce le dio la impresión de ser observado a través de la mirilla, y acto seguido se abrió la puerta.

—¿Usted aquí, teniente? No esperaba verle.

Anne Brenan le sonreía desde el umbral.

—Adelante; sigue teniendo mala suerte. Stella no está. Porque supongo que ha venido en su busca.

—Oh, claro... —Miró a la joven dibujante con agrado. Su figura había ganado mucho con aquel vestidito ligero, sin mangas y de amplia falda, que la hacía parecer una flor en la plenitud de su pujanza—. No me gustaba la idea de almorzar solo y...

—Sólo puedo hacer una cosa, teniente. Invitarle. ¿No huele? —Bruce había percibido desde el primer instante un aroma que estimuló sus jugos gástricos—. A veces no me salen del todo mal las comidas. Quédese y juzgará la clase de cocinera que soy.

—Gracias, pero... supongo que no debo quedarme.

—¿Por qué no? —Le hizo entrar y cerró la puerta—. ¿Con quién voy a estar más segura que con un policía? Por otra parte, Stella no se enfadará.

—¿A dónde ha ido?

—Supongo que de compras. Me dijo que esta noche usted vendría a buscarla y que no tenía nada que ponerse. Es su forma de hablar, por supuesto, pero eso me ha permitido suponer que ustedes han decidido volver al pasado.

Bruce sonrió, levemente ruborizado, como si fuera un colegial que hiciera frente a la primera evidencia del amor.

Con movimientos graciosos y amena conversación, Anne puso la mesa en unos instantes y muy poco después Bruce se encontró comiendo a la misma mesa que la casi desconocida pintora, frente por frente a ella, y sintiendo la divertida mirada femenina clavada en su rostro.

—¿Por qué está tan nervioso, teniente?

—Usted me hace sentirme inseguro... Su impulsividad, su juvenil sinceridad, me parecen extrañas en este mundo mío de violencias y pasiones en el que me desenvuelvo.

—¿No le gusta respirar aire puro?

—A veces pienso que no lo soportaría. Mis pulmones se han habituado demasiado a las cloacas.

—Usted es tímido —dictaminó de pronto Anne—. Un tímido que se violenta para parecer un hombre terrible. Yo diría que en el fondo no le gusta su oficio, y que viviría más a gusto al aire libre, en un rancho o sobre una embarcación de pesca.

Bruce arrugó la frente preguntándose si aquella muchacha tendría una facultad especial para leer los pensamientos.

—Quizá tenga razón.

—Si es así, ¿por qué no intenta encontrar su puesto en el mundo? No hay nada más triste que trabajar en algo que no se ama.

—Es demasiado tarde. Mi carrera... Tarde para aprender otro oficio. Además...

—¿Qué?

—Se necesitan estímulos.

—¿Se refiere a una mujer?

—Claro.

—¿Y Stella? Se aman.

—Quiero hacerla mi esposa: eso me obligará más a ascender en el Departamento.

—¿Le ha hablado a ella de su problema? Hágalo. Estoy segura de que le comprenderá y entre los dos encontrarán la forma de que usted abandone su trabajo en Homicidios. Lo importante es tener alegría y mirar la vida con optimismo. Yo soy inmensamente feliz porque he conseguido dedicarme a lo que más amo: la pintura y el dibujo. ¿No quiere ver alguna de mis cosas?

Habían terminado de comer y Anne se incorporó.

—Serviré el café en el *living*.

—Ha sido un almuerzo inolvidable, Anne —dijo Bruce, sin cumplidos, sintiendo realmente lo que decía.

Abandonaron la cocina y pasaron al salón. La muchacha señaló la habitación contigua.

—Le doy permiso para curiosear en mi estudio mientras preparo el café.

Regresó a la cocina y el policía siguió las indicaciones de la muchacha y pasó al estudio. En el tablero de dibujo tenía una portada sólo bosquejada, pero en la amplia habitación se amontonaban los dibujos y los lienzos, en una confusa demostración de fiebre creadora.

Bruce no entendía demasiado de arte, pero sí lo suficiente para comprender que Anne carecía todavía de verdadera personalidad. Estaba en sus comienzos y sólo podía pedírsele aquella perfección técnica que daba a sus obras una calidad casi fotográfica si no fuera porque acertaba a dar a sus dibujos una luminosidad irreal y seductora.

Cogió un fajo de dibujos al gouache que estaban amontonados sobre un sillón manchado de pintura y los empezó a mirar.

En la segunda cartulina se detuvo.

Mostraba una muchacha tahitiana, con largos cabellos negros, florido collar al cuello en contraste con la bronceína piel y faldellín rojo.

—¿Le gusta? Es lo que se llama un motivo turístico de primer orden —exclamó Anne al entrar con una taza de humeante café en la mano.

—Muy bonito, muy bien hecho —comentó Bruce, cogiendo distraídamente la taza—. Pero yo diría que he visto antes algo parecido.

—Oh, claro: lo copié de un folleto de turismo que anda por ahí.

Se volvió y señaló una mesita pero estaba vacía.

—Bueno, no sé dónde lo he puesto. Copié esa figura porque me pareció muy atractiva y quería ejercitarme en el dibujo exótico.

El policía bebió su café y regresó al *living*, sin escuchar lo que Anne le decía, hasta que ésta se interrumpió,ladeó la cabeza y protestó:

—¡No me escucha, Bruce! ¿En qué piensa?

—Estaba distraído, lo confieso. Mi trabajo... Tengo que

marcharme, Anne. He pasado un rato muy agradable en su compañía, pero como en los cuentos de hadas el hechizo se ha roto.

Sonrió ella y le tendió la mano. Bruce la estrechó y la acarició. Ella acortó distancias y le miró de muy cerca.

—Me gustaría verle reír, Bruce.

Se empinó sobre la punta de los pies y le besó suavemente en los labios. Luego retrocedió, enrojecidas las mejillas, y el teniente salió acto seguido, confuso por la situación creada.

CAPÍTULO XIII

Stella encendió las luces tras abrir la puerta y se volvió hacia Bruce, radiante en su vestido de muselina, vaporoso y seductor.

—Anne me dijo que estuviste aquí a la hora del almuerzo, pero yo había ido a comprarme este modelo para estar hermosa para ti...

—Giró en redondo, airosamente, como una maniquí en un desfile de modas—. En desagravio he ido a esperarte a la salida del Departamento. ¿Te has alegrado?

—Ha sido una bonita sorpresa.

La muchacha terminó el giro detenida por los brazos masculinos y rió al tiempo que le besaba en la comisura de los labios.

—Soy feliz, Bruce.

—Lo adivino en tus ojos. ¿Y tu compañera? —preguntó él, mirando a su alrededor.

—Es una muchacha encantadora. Se ha marchado expresamente para dejarnos solos. Yo he preferido cenar aquí, en la intimidad, como te dije cuando te llamé, y pasar la velada juntos... y solos. Un restaurante hubiera parecido vulgar. ¿Me quieres, Bruce?

—Te adoro.

—Has sido bueno conmigo. Me has permitido buscar mi camino sin forzarme... Consentiste que probara Hollywood y ahora me aceptas cuando regreso, decepcionada...

—No es difícil, siendo tan hermosa. Lo peor fue la espera, todos estos meses... y la soledad.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se besaron con fuerza, entregados mutuamente. Cuando terminó la caricia, Stella parecía a punto de llorar de felicidad.

—¿Has pensado la fecha de nuestra boda?

—Quiero que seas tú quien la decida —respondió el muchacho.

Stella se apartó de él y fue al mueble bar para preparar unos combinados. Estaban bebiéndolos cuando sonó estrepitosamente el teléfono. La muchacha estaba próxima al aparato y lo alzó de su soporte con un gesto de contrariedad.

—¿Diga? ¿Cómo...? Pero... ¡No es posible...! ¡No, no lo haga! Yo... iré inmediatamente. Sí, por favor... Espéreme...

Colgó y se volvió hacia Bruce que arqueó las cejas interrogativamente.

—Lo siento, querido, pero... nos han estropeado, la noche.

—¿Quién ha llamado?

—Se trata de Anne. Está en un lío muy grave... Un accidente o no sé. Me ha pedido que vaya lo antes posible.

—Lástima, te acompañaré.

—No, por favor. Anne ha insistido en que vaya sola. Sobre todo, que tú no me acompañes... No sé qué clase de conflicto es éste, pero te ruego que me complazcas una vez más.

Bruce bajó la mirada al suelo.

—No olvidaré esta noche, Stella.

—Tendremos otra. ¿Me perdonas? ¡Todo se confabula para impedirnos ser felices!

Recogió ella su bolso y se dirigió a la puerta.

—Espérame: no tardaré.

Se cerró la puerta tras la hermosa mujer y Bruce Davidson permaneció unos minutos inmóvil mirando el lugar por dónde había salido. Luego, lentamente, bebió el combinado que tenía en el vaso y sintió el fuego del alcohol en su estómago. Aquello pareció reanimarlo.

Miró el reloj. Eran poco más de las diez: tenía toda la noche ante sí, con su enorme interrogante abierto amenazadoramente sobre la gran ciudad.

Bruce respiró hondo, devolvió el vaso a la mesa, apagó las luces y salió del apartamento de Stella.

En la calle sintió la pegajosa humedad de la noche californiana. Se metió un dedo entre el cuello de la camisa y la piel para aflojar la presión, y por fin entró en su coche deportivo.

No respetó ni una sola de las señales de tráfico mientras rodaba a velocidad superior de la normal por las grandes vías de Los Ángeles. El poderoso motor de su coche roncaba como si se

encontrara en una pista de carreras, batiendo alguna marca, mientras las facciones del policía parecían talladas en roca.

Rebasó Beverly Hills y llegó a Santa Mónica. Allí el tráfico había disminuido, por lo que aún pudo rodar a mayor velocidad. Al llegar a la playa desvió hábilmente por el sendero que conducía a los *bungalows* y cortó el gas del motor.

El último centenar de metros lo hizo a motor parado, deslizándose suavemente en la oscuridad. Cuando frenó, alguien salió de la sombra de un *bungalow*.

—Llegas a tiempo, Bruce.

El aludido bajó del vehículo y ordenó:

—Llévatelo, Mike, y vuelve dentro de un cuarto de hora.

—¿No me necesitarás?

—Me las arreglaré solo.

—Entiendo.

Su ayudante se deslizó tras el volante y se alejó en el hermoso vehículo. Bruce le siguió con la mirada hasta que dejó de ver las luces de posición y luego entró en el *bungalow*, apostándose en la oscuridad.

No tardó en escuchar fuera un motor de coche y luego unos pasos en la veranda que se detuvieron ante la puerta. Una llave trasteó en la cerradura que él había vuelto a cerrar y la puerta se cerró antes de que fueran encendidas las luces.

Stella parpadeó, pálida por el asombro, al reconocer a Bruce, sentado cómodamente en un sillón, con las piernas displicentemente cruzadas.

—¿Tú... aquí?

—¿Te sorprende?

—Pero... ¿qué significa...? —Miró a su alrededor, con expresión acosada—. ¿Me has seguido, Bruce?

—Te he precedido, Stella. No quería dejarte sola esta noche.

—¿Cómo has sabido...?

—¿A dónde te dirigías? Es muy sencillo: mi ayudante, Mike Chaffer, te llamó. Yo sabía que no era Anne, porque a tu amiga no le ha ocurrido ningún accidente ni está metida en lío alguno. Mike te llamó, dijo que era un vecino tuyo y que habían entrado ladrones en tu *bungalow*, y te preguntó si avisaba a la policía. Tú le pediste que no lo hiciera y te apresuraste a venir, dejándome plantado, con

una disculpa ciertamente estúpida. ¿Por qué, Stella?

Ella se mordía los labios, furiosa, sorprendida, rotos los nervios.

—Es que... —No acertaba a dar una explicación convincente.

—Resulta difícil de explicar, Stella. Sobre todo a mí. Yo te ayudaré. Será el último servicio que te haga. Porque tú has matado a Syl Lennart para robarle el millón... ¿Dónde tienes escondido el dinero, nena? ¿Debajo del entarimado? ¿En el doble fondo de algún armario? No vale la pena que sigas fingiendo, querida...

Stella metió la mano en su bolso y la sacó, empuñando una pequeña pistola.

—¡No vas a detenerme, Bruce! ¡No lo harás o...!

—Abandona esa arma, preciosa. No tiene balas. ¿Es que no adviertes su poco peso? Quité el cargador mientras hablabas por teléfono.

Stella masculló una imprecación muy poco femenina y desesperadamente le arrojó la pistola al rostro, mientras se volvía en redondo hacia la puerta para huir.

El muchacho esquivó el improvisado proyectil y corrió hacia la hermosa pelirroja, cerrándole el paso.

—No puedes escapar, Stella. Es mejor que no opongas resistencia. Esto es el final.

Las manos femeninas se aferraron a las solapas del policía.

—¿No vas a tener piedad de mí? —Sus ojos, tan hermosos, suplicaban, y su cuerpo espléndido temblaba por el terror. Ofrecía en verdad una estampa turbadora.

—Ya no es posible, Stella. No puedo ayudarte. Me has engañado demasiadas veces.

—¿Vas a vengarte?

—No; sólo cumpliré con mi deber. Después, presentaré mi dimisión.

—¿Por qué?

—He sido involuntario cómplice en la muerte de Syl Lennart. En cierto modo has podido cometer el crimen y el delito gracias a mí ayuda... a mí estúpido amor que me hizo ser ciego, y aceptar cada una de las cosas que me dijiste. Fue un plan perfecto, Stella, diabólicamente perfecto, en el que me complicaste de un modo maligno.

La apartó y dio un paseo por el *living*.

—Ahora veo claro, y comprendo todo lo ocurrido desde el principio. Lennart y tú concebisteis la idea de robar a Bárbara y huir después a cualquier punto de los mares del Sur. Eso era, al menos, lo que le hiciste creer a Lennart, porque tu plan verdadero era matarlo y quedarte con el dinero, sin necesidad de perder contacto con tu adorada ciudad del cine... Para ello precisabas distraer a la policía y encaminarla, por pistas falsas, con objeto de salvarte. Empezaste trayéndome aquellos falsos anónimos en los que amenazaban a Lennart con descubrirle algo a su mujer, si no pagaba determinada cantidad de dinero. Esos anónimos estaban dirigidos realmente a la mujer de Lennart y a mí, con objeto de que ambos averiguáramos el pasado de Syl y su matrimonio con Maty Emerson; de esta forma, ella se convertiría en la culpable ideal.

Stella se había dejado caer en un butacón, juntas las rodillas y prietas las manos, sobre el regazo, definitivamente hundida.

—Lennart robó el millón, y tú el coche de Maty, con el que os dejasteis ver cerca de la oficina de la productora; de allí fuisteis a la cabaña de Maty, donde Syl quedó oculto hasta la noche en que le prometiste ir para huir. De allí te trasladaste a este *bungalow* para tener una coartada, cosa que yo mismo te proporcioné al visitarte. Por la tarde volviste a la cabaña, y mataste a Syl, con lo que ya eras dueña del dinero. Faltaba, sin embargo, buscar un culpable que te garantizase la tranquilidad: nadie mejor que Maty.

Bruce encendió un cigarrillo y clavó la mirada en la muchacha, preguntándose cómo podía haber estado tan ciego.

—Resultaba fácil inculpar a Maty: bastó una llamada telefónica para que ella se presentara en su cabaña. Vio muerto a Syl y, dándose cuenta de que todo la acusaba, trató de huir, con lo que todavía se acusó más. Pero por si acaso no bastaba, volviste a telefonar, esta vez a Rolf Avedon, a fin de que éste acudiera al lugar del crimen, y a su vez Avedon avisó a Bárbara Lennart. Ya estaba así embrollado el caso y confundidas las pistas. Seguramente nunca hubiéramos aclarado el crimen, de no haberlo querido redondear con la abundancia de detalles. Comenté contigo que Maty era la culpable ideal y que sólo faltaba hallar en su casa boletos para un avión hacia los mares del Sur, para llevarla a la cámara de gas... y te apresuraste a facilitarme una evidencia similar.

—Los folletos turísticos —murmuró Stella.

—Exacto. Tenías en casa unos folletos de Tahití, y pensaste que ellos bastarían para reforzar aún más la acusación contra Maty, así que entraste en su casa por el jardín y los pusiste donde yo pudiera encontrarlos.

—¿Cómo has sabido eso? —preguntó ella, roncamente.

—Anne me lo descubrió de una manera involuntaria. Ella acababa de pintar un cartel publicitario con la misma muchacha tahitiana que aparecía en uno de los folletos. Me dijo que esos folletos estaban allí, pero no los encontró... y eso fue el timbre de alarma. Era muy poco pero me hizo desconfiar. Luego me dije que por qué debía admitir como cierto cuanto me habías contado. Examiné los hechos, como si fueras culpable... y todo encajaba.

—E hiciste que tu ayudante me telefonara esta noche.

—Sí; necesitaba ponerte al descubierto. Supuse que el dinero lo tendrías aquí, así que jugué esta baza. Si escondías el botín en el *bungalow* la noticia de un robo tendría que alarmarte hasta el punto de hacerte perder la serenidad. Eso fue lo que ocurrió. Te pusiste tan nerviosa ante la posibilidad de que un ratero hubiera hallado el dinero... que abriste la guardia y corriste hacia aquí. Yo sabía quién te había llamado y al mentirme comprendí que mis sospechas eran ciertas.

Siguió un silencio largo, amargo para ambos. Bruce aplastó el cigarrillo que le había puesto la boca de cartón, y Stella preguntó:

—¿Qué piensas hacer conmigo?

No pudo responder el policía. Sonaron unos golpes en la puerta. Miró el reloj y comprobó que habían pasado quince minutos. Mike estaba allí.

Cruzó el *living* y abrió. Mike Chaffer entró sin decir una palabra en dirección a Stella y antes de que ésta se diera cuenta vio sus muñecas sujetas por las esposas.

Se estremeció ella y dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas.

—¡Bruce! —Lloró.

El muchacho miró por el ventanal a la oscura soledad de la playa. Mike Chaffer la empujó por el codo.

—Vamos.

Había fuera un coche patrulla. Dos policías de uniforme se

hicieron cargo de la hermosa pelirroja. Mike entró de nuevo en el *living* y se detuvo junto a su jefe y amigo.

—Lo siento, Bruce. Éste es uno de esos golpes que acaban con la vida de uno.

El muchacho se volvió hacia su ayudante y le abrazó. Luego, en silencio, sacó su placa del bolsillo y se la tendió.

—Dásela al jefe. Dile que mañana pasará a firmar la dimisión.

—¡No seas loco! ¡No puedes hacer eso!

—Está decidido, Mike. Hazte cargo del caso. El dinero está aquí. Pregúntale dónde lo escondió.

Salió Mike y volvió a los pocos instantes. Directamente fue a la cocina y abrió el registro de la chimenea. Una bolsa de lona impermeable apareció a la vista y, dentro, los fajos de billetes por valor de un millón.

Cuando regresó al *living*, Mike preguntó:

—¿Qué harás, Bruce?

—Hay una chica que conoce el secreto de hallar hermosa la vida. Ella me dirá qué debo hacer.

—¿Cómo se llama?

—Anne Brenan. No te extrañe si acabo pintando yo también.

Una sonrisa animosa afloró a los labios de ambos amigos.

FIN

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain